
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
A. THORKENT
UN SEGUNDO DE LA ETERNIDAD
SOLO PARA ADULTOS

Datos del libro

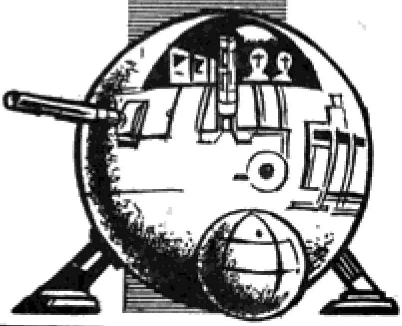
Autor: Thorkent, A.

Colección: Héroes del espacio, 110
ISBN: 9788485626564
Generado con: QualityEbook v0.60

UN SEGUNDO DE LA ETERNIDAD

héroes del

ESPACIO



ECSA

CAPITULO PRIMERO

«LAS doradas y esbeltas naves de Calistor se lanzaron en fulgurante y temeraria embestida contra las densas, toscas y negras formaciones de cruceros invasores procedentes de Pólux, que comandaba el repugnante Ullh.

»Imbriam, a bordo de la nave insignia, pensó una vez más en su amada Amilda. Iba a ofrendar su vida por la más maravillosa mujer del universo y también por Calistor, su patria. Si no llegaban a tiempo los refuerzos de la Tierra, Ullh el Pérfido arrasaría el bello planeta. Solamente él y aquel puñado de valientes que le seguían podrían contener el tiempo necesario las sangrientas hordas de Pólux, para que los terrestres acudieran al campo de la batalla. Con sus invencibles navíos protoplasmáticos y superlumínicos...»

John Percy dejó de teclear en la máquina de escribir y cogió un cigarrillo del paquete, prendió un fósforo y lo encendió. Aspiró el humo profundamente y sonrió complacido, porque aquella novela le estaba quedando bastante bien. Unos folios más y estaría lista para ser entregada al editor a la mañana siguiente. Miró la hora y suspiró. Cerca de las tres de la madrugada. Se echó un poco más de café del termo en la taza y bebió unos sorbos mientras fumaba.

Se reclinó sobre el respaldo de la silla. Era viernes. Posiblemente antes de las cinco habría terminado el original. Dormiría hasta las doce y lo entregaría hacia la una de la tarde; lo cobraría, almorzaría y a las cuatro, después de terminar de preparar el equipaje y recoger el coche del taller, se marcharía con Anne y los chicos a la costa, a disfrutar y descansar en sus bien ganadas vacaciones.

Hacía un poco de calor. La noche era calurosa y John se imaginó tumbado en la arena, escuchando el ruido de las olas mientras su cuerpo se tostaba al sol.

Suspiró profundamente y tuvo que hacer un esfuerzo para volver la atención al folio en blanco colocado en el carro de la máquina. Aplastó el cigarrillo en el repleto cenicero y con rapidez pulsó las teclas para imprimir en el papel:

«...Imbriam ordenó a sus escasas, pero valerosas, fuerzas estelares que se abrieran en línea de combate. ¡Iban a vender caras sus vidas...!»

—¿Has comprendido, Sirinka?

—Sí —respondió la mujer sin dejar de mirar fijamente a los ojos de su superior.

El hombre se deslizó por el brillante suelo hasta situarse cerca de la representación holográfica de la Tierra. Señaló un punto y dijo:

—Nuestros ordenadores nos han asignado un nativo adecuado con quien establecer el contacto. Como sabes, nuestra Unidad sólo dispone de una oportunidad para enviar un emisario. La acción es irrepetible. Si fallaras, Sirinka, tendríamos que hacerte regresar y no podríamos volver a reenviarte para que contactaras con otro nativo que estimemos como un posible colaborador, pues entonces estaríamos demasiado lejos y el rayo transportador sería ineficaz.

Se volvió para mirar a la chica. Sabía que podía confiar en ella, pero consideraba la misión algo peligrosa, porque apenas poseían datos respecto a aquel mundo aún sumido en cierto grado de salvajismo. El Regidor, con voz animosa, le dio las últimas instrucciones:

—Los precipitados estudios realizados en el tercer planeta de este sistema fueron efectuados por los rastreadores que viajan en vanguardia de nuestra Unidad y tú ya los conoces, incluso la lengua que hablan en la zona donde vive el hombre elegido. Es muy importante el mensaje que has de transmitirle.

»Poco podemos hacer ahora por ellos, ya que es imposible detenernos. Pero al menos les advertiremos de la desagradable visita que han de sufrir en breve y de la que esperamos salgan adelante sin muchos traumas y soporten estoicamente el tiempo que tardaremos en regresar. Sería lamentable que no lográramos nada positivo con estos lejanos parientes nuestros, aún sumergidos en la ignorancia de los albores de su civilización.

—Sé lo importante que es mi misión, Regidor —asintió la

muchacha mientras se ajustaba el cinturón que portaba el imprescindible instrumento para el viaje. Quedó alrededor de su esbelta cintura, lo único que llevaba sobre su cuerpo.

—Encontrarás algunos problemas, Sirinka —siguió diciendo el Regidor—. Pero es preciso que los trulls, esos traviesos seres de Betelgeuse, no lo encuentren todo tan fácil en el planeta que ya han elegido como meta para sus desafueros. Entre los escasos datos de los rastreadores hemos advertido que los llamados terrícolas creen poco en la existencia de vida inteligente en otros planetas. Estoy preocupado porque, quizá debido a la escasez de informes proporcionados a los ordenadores, no hayamos elegido bien a nuestro receptor. Parece ser que su oficio es bien extraño. Yo no sabría calificarlo. Digamos que es una especie de profeta o adivino.

—Culminaré mi cometido a su satisfacción, Regidor.

—Bien. Debes marchar ya. Que la Luz te guíe.

—Que ella te ilumine, Regidor.

La muchacha se dirigió a la cabina, que un ayudante secundario custodiaba con la entrada abierta. Desde allí sería proyectada a su destino, situado a mil quinientos millones de kilómetros.

«...Imbriam estrechó a su amada entre sus fuertes brazos con pasión. La besó en los labios mientras el pueblo calistoriano los vitoreaba con entusiasmo enloquecedor.»

John sacó el último folio del carro después de poner la palabra que más le complacía escribir en sus novelas: «Fin.»

Aquellas tres letras suponían muchas cosas para John, autor bastante conocido últimamente por los lectores de ciencia-ficción, con cierto prestigio en las colecciones populares y revistas del género, donde sus cuentos se publicaban regularmente y dos de ellos estuvieron entre los finalistas para el premio Hugo, que no alcanzó por estrecho margen de puntos.

Encendió su vigésimo cigarrillo y procedió a colocar bien los folios. Mientras lo hacía pensó en el título, la última cuestión importante que le quedaba por resolver. Debía encontrar uno sugestivo, que junto con una portada llamativa atrajese a los lectores. Con rapidez pensó: Las doradas naves de Calistor. Sonrió. No estaba mal. Podía servir.

Se levantó y estiró los brazos, ahogando un bostezo. Estaba muy cansado y le escocían los ojos. Se volvió para mirar las estanterías

donde figuraban todas las obras de su prolífica producción. Ochenta títulos de novelas largas y más de trescientos cuentos y relatos en varias colecciones de revistas.

Escribía ciencia-ficción desde los veintiocho años, cuando se cansó de hacer oposiciones y trabajar en labores que no le complacían. De eso hacía ya diez años. Se casó con Anne y ya eran padres de dos díscolos e incansables críos, a los que llamaba pequeños monstruos arturianos. La verdad es que no le fueron mal las cosas. Podía pagar el alquiler del piso en Nueva York, grande y bien situado. Además, ya casi tenía medio pagada la casita en la playa. Al pensar en ella dibujó una sonrisa soñadora.

Se echó un whisky y bebió despacio. No podía quejarse. Algunos compañeros suyos de estudio no ganaban tanto dinero como él, y entre ellos había algunos abogados.

Miró su reloj. Eran las cinco y cinco minutos. Hora de dormir. Iba a apagar las luces para marcharse al dormitorio cuando escuchó el dim-dam de la entrada.

Frunció el entrecejo. ¿Quién podía ser a aquella hora? Se estremeció al pensar que algún condenado crío de su cuñada podía haberse puesto enfermo y la muy arpía buscaba a Anne con el malévolo propósito de llevársela a su piso, lamentablemente cercano, y así fastidiarles las vacaciones, o al menos algunos días de éstas.

Se dirigió a la puerta despacio, pesadamente. Se preguntaba si debía abrir o no.

Si se hacía el sordo no habría ningún problema porque Anne no escucharía nada debido a su profundo sueño, y si se trataba de su cuñada o del imbécil de su marido, a la mañana siguiente se excusaría, y para entonces todo estaría solucionado.

Pero John era demasiado curioso. No sería capaz de conciliar el sueño si se quedaba sin saber quién demonios era el visitante inoportuno. Podía ser algo urgente y muy importante…

Soltó un bufido y quitó los cerrojos.

Cuando abrió pensó al instante que haber estado tantas horas escribiendo le había producido un trastorno visual.

Vio sobre el felpudo de la entrada a una maravillosa muchacha. La larga cabellera plateada le caía sobre los hombros desnudos. Pero su desnudez no acababa ahí, sino que seguía hasta unos

centímetros más abajo del ombligo, en donde un estrecho cinturón de aspecto metálico y adornado con piedras de colorines ofrecía un ligerísimo alto en la deliciosa anatomía, una perfecta piel dorada, ante la cual podía jurarse, con sólo contemplarla, que al tacto debía ser sedosa, suave y mullida. Ella calzaba unas reducidas sandalias negras, muy brillantes. Los ojos verdes de la chica sonrieron un segundo antes de que lo hicieran sus sensuales y rojos labios, y a continuación se movieron para decir:

—Hola... ¿John Percy?

CAPITULO II

ALGUNAS veces, bastantes en realidad, Anne le había sugerido que debía cambiar de tema para sus novelas o iba a terminar viendo marcianos y platillos volantes, y él le solía contestar que le dejase en paz porque estaba seguro que si escribía relatos del oeste, ella le diría, en su afán oculto de incitarle a buscar un trabajo fijo como ejecutivo, que el día menos pensado acabaría liándose a tiros con los vecinos creyéndolos cuatreros o indios apaches.

A Anne no le gustaba la profesión de su marido y suspiraba por verlo en una oficina y trabajando con un horario fijo.

John ya estaba arrepentido de haber asegurado a Anne que él se encontraba libre de posibles alucinaciones, consciente de que cuanto escribía era un producto destinado a los mentecatos que creían en la ciencia-ficción y la existencia de seres en otros planetas o galaxias.

Se pasó la mano por la cara y cerró los ojos, diciéndose que sólo un hombre tan cansado como él, después de estar ocho horas seguidas escribiendo a máquina, podía suponer que en el rellano de su piso y a las cinco de la madrugada, una mujer vestida únicamente con un cinturón podía estar allí, a menos de medio metro.

Cuando se decidió a levantar los párpados lo hizo pensando que la aparición se habría esfumado y a continuación se reiría de sí mismo por haber abierto la puerta imaginándose que habían llamado.

Se sintió desfallecer. La chica seguía allí. Y no sólo insistía en su amistosa sonrisa, sino que volvía a preguntarle:

—¿Acaso no es usted John Percy? El transportador me situó en el primer piso y he tenido que buscar su nombre en todas esas

puertas —señaló el hueco de la escalera.

John se apoyó sobre el marco de la puerta. Si todo se trataba de una pesadilla podía jurar que nunca en su vida había soñado algo tan real. Con temor adelantó su mano derecha y, todo tembloroso, se atrevió a tocar el brazo de la chica. Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir el delicado tacto de la piel.

—¿Vamos a quedarnos toda la noche aquí? Dime, ¿eres o no John Percy?

—Sí, pero... —empezó a decir el aturdido escritor.

La muchacha cruzó los brazos bajo sus perfectos senos y dibujó un mohín de impaciencia.

—Entonces déjame pasar de una vez. Creo que dentro de tu hogar estaremos mejor que aquí.

John reaccionó y se hizo a un lado. La muchacha pasó junto a él. Olía maravillosamente. Casi creyó desmayarse a causa de la turbación. Cerró la puerta y caminó como dormido detrás de la desconcertante aparición, admirando las cimbreantes nalgas. Ella cruzó el pasillo en tinieblas y entró resueltamente en el gabinete de trabajo.

La muchacha miró con curiosidad el cuarto y dijo:

—Vaya. Curioso lugar. ¿Es aquí donde trabajas en tus profecías?

John no atinó a articular palabra alguna. De súbito se acordó de Anne y sudó. Si su mujer despertaba y le veía junto a la chica con traje de Eva antes de ser expulsada del paraíso... No quiso ni pensar en lo que sucedería.

—Señorita... —empezó a decir. Se asustó al escuchar su propia voz, ronca y desconocida.

—Llámame Sirinka.

—¿Sirinka? —recordó entonces que hacía un par de días estuvo hablando con el portero, quien le dijo que el ático había sido alquilado por una extranjera. La llamada Sirinka debía ser la nueva vecina.

Pero Sirinka hablaba correctamente el inglés, aunque con un ligero acento tejano. No podía ser británica o canadiense, se dijo en seguida y no supo explicarse por qué estaba tan seguro.

—Señorita Sirinka, quiero que me explique...

—¡Estupendo, hombre! Veo que tienes prisa. Debe ser porque has adivinado para qué he venido.

—Si usted lo dice… Me gustaría que fuera verdad lo que estoy pensando, pero tengo que admitir que no comprendo nada. Por educación. ¿Entiende?

—Siéntate a mi lado. Tenemos que hablar un poco.

—¿Hablar? ¿Ahora? Escuche, le advierto que éste es un hogar decente y americano. Mi esposa no toleraría que…

—¿Te refieres a tu compañera? Bah, no te preocupes por ella, hombre. No la necesitamos para nada. Es más, ella sería un estorbo. Por ese motivo la he dejado con el resto. Tú y yo estamos mejor solos. Lo que debemos hacer es preferible hacerlo sin compañía. John parpadeó. ¡Aquella muchacha iba directamente al grano! Gimió. Sudaba terriblemente. No era, desde luego, un marido modelo, pero tener una aventura en su propio hogar mientras los chicos y Anne dormían, le parecía demasiada desfachatez.

Se levantó de un salto. La desnudez de la chica le impedía coordinar las ideas correctamente y hablar con serenidad.

—¿A dónde vas? —inquirió Sirinka.

El salió del gabinete y regresó con un pijama que arrojó a Sirinka. Dijo:

—Ponte esto, por todos los demonios.

—¿Para qué? —preguntó ella sonriente—. Sería un estorbo, al menos para mí.

John crispó los puños. ¡Qué chica! Había oído hablar del atrevimiento de algunas extranjeras, pero el de aquélla sobrepasaba todo lo imaginado y escuchado. ¿Qué pretendía? ¿Acaso estaba loca o se trataba de una apuesta? Sudó todavía más. Sin embargo debía mostrarse amable y contemporizador. Si le llevaba la contraria podía enfadarse, gritar y formar un escándalo allí mismo.

—¿Es que no tienes frío? —preguntó sin acordarse que estaban en pleno mes de agosto.

—No, en absoluto. A mí el frío o el calor apenas me afectan. Oye, si esto se trata de una costumbre local no quiero ofenderte. ¿Es preciso ponerse una prenda tuya para estar en tu habitáculo? Te complaceré, no te sofoques.

John suspiró aliviado. Al menos ya estaba seguro que Sirinka era una extranjera, posiblemente sueca. Mas, ¿qué se proponía? ¿Por qué se había fijado en él? Era lo suficientemente hermosa como para no tener que llamar desnuda a una puerta si quería tirarse un

tío. Incluso vestida de buzo podía permitirse el lujo de llevar tras su sombra a docenas de hombres por la calle con sólo guiñar un ojo. Pero a veces las extranjeras resultaban ser tan originales que no valía la lógica con ellas.

Sirinka tomó a John de una mano cuando se hubo puesto el pijama y lo atrajo hacia ella, obligándole a sentarse a su lado en el sofá.

—Ahora vamos a comenzar lo nuestro —dijo—. ¿Adivinas a qué he venido?

John asintió con la cabeza. ¿Cómo dudarlo? Sirinka no podía ser más directa. Decidida seguro que era, pero carecía del más leve comedimiento para guardar las apariencias durante los momentos iniciales. A John le disgustaba tanto aquella manera de llevar las cosas como le agradaba que Sirinka se hubiera olvidado de abotonarse la camisa del pijama. Una mujer casi desnuda resultaba más seductora para John que desvestida totalmente. Empezó a animarse y su imaginación trabajaba al mismo ritmo que solía hacer cuando quería buscar un argumento para una de sus novelas.

Una idea luminosa acudió a su mente. ¡Qué tonto había sido por no haberlo pensado antes! Su amigo Richard, que vivía en el piso de al lado, había salido de viaje y le entregó las llaves para que se las dejara al portero cuando él se marchara de vacaciones.

Decidido, John dijo:

—Ven. Aquí no puede ser —se levantó y tiró del brazo de la muchacha.

—¿Por qué? Aquí me encuentro bien, pese a lo rústico que resulta todo esto.

John tenía entendido que la extranjera era casada.

Si no le parecía bien quedarse en su propio piso, tampoco creía conveniente proponerle ir al de ella. Un marido que duerme puede ser despertado, y aunque tenía entendido que los esposos nórdicos solían ser muy civilizados y pacíficos, no entraba en sus cálculos correr riesgos innecesarios ni contar los escalones en veloz carrera hacia abajo.

Cogió las llaves del apartamento de Richard y se llevó el índice a los labios, susurrando:

—Silencio. Podemos despertar a mi mujer y los niños.

Sirinka lo miró sorprendida, pero luego se echó a reír,

conteniendo apenas la carcajada. John se apresuró a sacarla del piso. Nerviosamente abrió la puerta del apartamento de Richard. La empujó adentro sin contemplaciones y luego entró él. Sólo se sintió a salvo cuando hubo cerrado la puerta.

Si Anne se despertaba y no le encontraba podría decirle por la mañana que salió a tomar el fresco y dio un paseo por el Central Park, una vez que terminó la novela. Ya estaba decidido. No se perdería por nada del mundo la perita en dulce que el destino le había puesto en bandeja de plata.

Encendió las luces y asintió satisfecho. El sinvergüenza de Richard había sabido preparar bien su piso de solterón obsesionado por las mujeres. Había tirado algún tabique y conseguido un salón de película. Al fondo estaba el prometedor dormitorio con su amplia cama, de mullido colchón y repleta de cojines.

—Vaya. Vives bastante bien, John —Sirinka soltó de nuevo su cargante risa—. Teniendo en cuenta el grado alcanzado por tu civilización, yo pensé que vuestros habitáculos eran más reducidos.

—¿De dónde eres que te crees capaz de criticar el nivel de vida americano, preciosa?

—De Orfhiol. ¿Sabes dónde está? ¿Lo imaginas al menos?

John tragó saliva. Sirinka debía referirse al pueblo donde nació, allá en Escandinavia; pero él no estaba dispuesto a pasar por un ignorante. Mientras se dirigía al bien surtido bar de Richard, respondió:

—Pues claro que sí. ¿Cómo no voy a saberlo? ¿Un whisky? —preguntó con cierto orgullo, buscando entre las botellas. Una buena dosis de alcohol serviría para romper el hielo, aunque Sirinka poseía tanto calor en sus venas que no dudó sería capaz de fundir en aquel momento el polo Norte entero.

Ella se limitó a encogerse de hombros, aceptando el vaso que le entregaba John. Dijo:

—Bueno, si se trata de una costumbre local... Pero empecemos de una vez.

John tragó saliva y Sirinka prosiguió:

—Oh, John, no sabes cuánto me alegra que sepas de dónde vengo. Eso indica que eres el hombre idóneo y será un placer arreglar contigo el asunto.

John se sintió apabullado. Aunque la pronunciación de Sirinka

era muy buena, sus frases dejaban mucho que desear. A veces no encontraba sentido a lo que decía.

—No sé qué importancia tiene el hecho que yo sepa de dónde vienes, encanto —murmuró—. Pero lo cierto es que has dado con el tipo adecuado: ¡yo!

Bebió un trago de whisky para terminar de darse valor. Se sentó al lado de la preciosidad y empezó a jugar con los botones del pijama de Sirinka.

—Los computadores no dieron seguridades de que todo pudiera resultarme tan fácil —sonrió ella.

—¿Computadores? —repitió John poniendo al descubierto el hombro derecho de Sirinka. Empezó a besarlo suavemente—. Ah, ya comprendo. Querrás decir tu marido, ¿no? Debe ser uno de esos tipos que tienen un ordenador en lugar de cerebro. Sí, claro que estoy de acuerdo contigo en que es un cretino. ¿Y dónde está ahora ese ciervo nórdico?

Los ojos de Sirinka miraron confusos a John, como si hiciera un gran esfuerzo por interpretar las palabras del hombre.

—Su actual posición está paralizada, aunque más bien debería decir que soy yo... y tú también, por supuesto, quienes estamos detenidos en un lapso temporal. Es necesario que sea así, ya que mi Unidad no tarda más que unos segundos en cruzar el Sistema Solar...

—Eres deliciosa. ¿Sabes que tu forma de ser romántica es bien extraña? —John suspiró y dijo aparentando resignación—: De acuerdo, pero te aseguro que a mí me hubiera gustado darle a todo esto un poco de excitante preámbulo, pero si insistes en ir directamente al asunto...

No terminó la frase y ya tenía abrazada fuertemente a Sirinka, besando sus labios y oprimiendo contra su pecho aquel maravilloso cuerpo, mientras sus manos acariciaban la perfecta espalda, armónica y deliciosa al tacto. La muchacha le apartó suavemente pero con firmeza. No existía enfado en su mirada, sino solamente un poco de contrariedad y extrañeza.

—Ya está bien de costumbres locales, John Percy. Será mejor que me escuches con atención. Estamos agotando mucha energía de la Unidad para poder estar juntos. No perdamos más el tiempo.

—Pero, bueno, ¿qué quieres? ¿Puedes decírmelo de una vez? —

John estaba empezando a enfadarse.

—Eso estoy intentando desde hace un rato. ¿No te imaginas para qué he llamado a tu puerta?

John permaneció callado. No se atrevía a hablar. Temía cometer una indiscreción y enfadarla. Se dijo que la extranjera era una excéntrica, mas merecía la pena aguantarla un poco si al final...

—Has sido seleccionado por los computadores de mi Unidad —dijo Sirinka—. Aseguraron que tú crees en la posibilidad de vida en otros planetas, al contrario que la mayoría de tus semejantes. Además, entre todos los millones de personas que viven en tu mundo, tu posición era la más idónea para coincidir con las coordenadas del rayo transportador.

La chica se echó atrás el cabello platino, aspiró hondo y añadió:

—Nuestra misión en la galaxia es repartir dichas y sabiduría a todos nuestros semejantes biológicos.

John cerró los ojos, pensando que aquello se estaba poniendo peor de lo que se había imaginado en un principio. Recordó que existían muchas sectas que buscaban adictos utilizando seductoras chicas. No, aquello no podía ser. Con semejantes anzuelos la supuesta secta debía contar ya con millones de seguidores y ser muy conocida.

Penosamente llegó a la conclusión que la deliciosa chica lo tenía todo perfecto menos el cerebro. A una mujer normal, por muy chiflada o liberada que fuese, no se le podía ocurrir llamar a la puerta de un hombre casado que tenía durmiendo cerca la familia en pleno.

Y encima como llegó al mundo, pero con más años y más curvas.

Resopló y adoptó un aire adecuado para prepararse a escuchar las más solemnes tonterías.

—Ya comprendo. Sabías que soy escritor de ciencia ficción. Vas a decirme que procedes de un planeta situado a un montón de años luz de la Tierra y estás aquí para sacarnos a nosotros, los terrícolas, de nuestro estado de salvajismo, ¿no? ¿Me equivoco?

Sirinka abrió desmesuradamente los ojos primero y luego dio palmadas llena de entusiasmo.

—¡Eso es! Sabía que nuestros computadores no podían equivocarse eligiendo al hombre que precisamos. ¿Gimo has podido llegar tan fácilmente a esa conclusión?

John refunfuñó unas palabrotas entre dientes y dijo:

—Hace tiempo que escribí una novela parecida. El tema no es nada original.

La muchacha parecía extasiada.

—Es asombroso. El Regidor me dijo que tú eres aquí como un profeta, un adivino que anunciabas de mil formas distintas nuestra llegada. ¡Y no se ha equivocado!

John tomó el vaso de whisky y se tragó de un tirón el resto del contenido. La parte humorística de su ser acababa de despertar y empezaba a aceptar como irremediable la situación. Ahora dependía de él actuar con astucia para no dejar de obtener el provecho adecuado y lógico, premio merecido a tanto esfuerzo y paciencia como estaba demostrando.

—Sí, preciosidad. Yo soy el mejor profeta de todos —John pensó enseguida que tenía suerte. Aquella turista era diferente a las demás. Ahora debía estar de moda creerse un ser del espacio y buscar un profeta que esperase su llegada. Ya sonriente, John añadió—: Cuéntame, Sirinka. Yo sabía que tú ibas a venir esta noche. En realidad te estaba esperando desde hacía mucho tiempo, porque siempre has sido idealizada en mis sueños.

Acomodándose en el sofá, Sirinka sonrió y dijo:

—Como antes te he dicho, procedemos de Orfhiol, el planeta principal de lo que vosotros llamaríais federación o liga de mundos. Formamos un núcleo de más de cien gobiernos. Miles de Unidades como a la que yo pertenezco recorren el universo buscando planetas habitados por seres semejantes a nosotros. En esta zona sólo hemos hallado el tuyo. Por esa razón mi Unidad no se ha detenido y el Regidor se ha limitado a enviarme a mí.

—¡Qué bien! —exclamó John.

CAPITULO III

-¿Y cómo te han enviado? ¿En un cohetito que te espera en el parque?

—No. La Unidad viaja a una velocidad mil veces mayor que la luz, por lo que sólo son precisos unos segundos para atravesar este sistema planetario. Yo fui transmitida aquí en una millonésima de segundo.

John tuvo que admitir que la muchacha era muy imaginativa. La pobre debía estar atiborrada de ciencia-ficción. Mentalmente hizo el cálculo de que llevaba con ella más de veinte minutos. Dijo:

—Pues ahora tu unidad sideral o como la llames debe estar muy cerquita de Andrómeda.

Ella arrugó el ceño. Parecía pensar. Volvió a sonreír.

—Ah, sí. Andrómeda es vuestra galaxia más próxima. No me acordaba. Mi Unidad aún está en el mismo sitio donde yo la dejé, John. ¿No te he dicho que tú y yo estamos viviendo en una fracción de segundo?

—¡Caramba! —exclamó fingiendo gran sorpresa—, ¿Cómo es posible eso?

Ella se levantó y convulsionó las vísceras de John cuando se alzó la camisa del pijama para mostrarle el cinturón. Tocó unos adornos color esmeralda.

—Estos son los mandos que permiten que tú y yo estemos aislados del plano temporal real.

—¿Pretendes decir que mientras yo esté contigo puedo vivir en una fracción de segundo toda mi existencia? —John sonrió—. ¿Y que al salir de este aislamiento regresaría convertido en un pobrecito anciano que vería aún guapa a mi mujer y a mis hijos tan traviesos como siempre?

—Eso es.
—Bueno, tu compañía resultaría maravillosa, ideal para pasarlo bien, pero te aseguro que no me seduce la idea, encanto.
Sirinka hizo su primer gesto de impaciencia, que no pasó desapercibido para John.
—Tu comportamiento me está aturdiendo, Percy —dijo—. Cuando regrese voy a pedirle al Regidor que ordene la revisión de los computadores.
—¿Por qué?
—Afirmaron que tú serías el nativo ideal para recoger el presente de mi Unidad. No queremos dejaros aquí abandonados, sumidos en la barbarie de los inicios de la civilización. Sabemos que estáis viviendo los primeros años, los más duros del desarrollo tecnológico.
—Seguro que sí. En tu planeta debéis conocer los problemas que trae la vida, especulación, contaminación, peligro de guerra, etcétera —musitó John entre dientes, mientras volvía a pasar el brazo por la espalda de Sirinka. Se dijo que mientras dejara que aquella preciosa locuela soltase sartas de tonterías, él podía ir preparándola adecuadamente. Vamos, despertando su libido—, ¿Qué dijiste de un presente? ¿Es que me traes un regalito?
—Sí.
John rió con ganas. Sus dedos juguetearon con el delicado cuello de Sirinka. Aquello marchaba mejor. Ahora la chica se dejaba hacer. A ver si conseguía callarla, que olvidase sus sandeces. Ya era hora que ella empezara a poner algo de su parte.
—¿Acaso traes contigo el regalito? —preguntó irónico.
—Claro que si.
El escritor miró a la muchacha de arriba abajo y admitió:
—Sí, eso es cierto. Seguro que traes contigo el regalo para mí. ¡Y qué regalo! ¿Has terminado ya, preciosa?
Sirinka estaba manipulando en su cinturón. Extrajo de él un cubito del tamaño de un dado, como de cristal verde. Explicó, tomándolo entre los dedos:
—A este objeto lo llamamos por un nombre que no tiene traducción en tu idioma. Se trata de un selector diseñado para ser útil incluso en el planeta de más bajo nivel cultural. Apretando en este lado aparece una varilla —Sirinka oprimió el lugar indicado y

un hilo metálico, finísimo y consistente, de unos ocho centímetros de largo, apareció en el lado opuesto—. El ser que quiere servirse de él sólo tiene que introducirse el filamento unos milímetros en el occipital y, nada más desearlo, esta especie de enciclopedia le irá grabando en la mente todos los conocimientos que precisa. Tu planeta está ensayando con toscos cohetes para inspeccionar otros planetas del sistema. Mediante los conocimientos encerrados en este aparato podréis alcanzar las estrellas antes de cinco años, acabar con las enfermedades y, en pocas semanas, producir alimentos suficientes para veinte mil millones de seres. También dominaréis por completo el poder del átomo, la energía cósmica y podréis someter a vuestra voluntad el clima. Es posible que lleguéis a tardar un poco más, pero también tendríais a vuestro alcance la posibilidad de viajar por el tiempo. Todo estará a vuestra disposición. Una sola recomendación: una persona no debe someterse al selector más de una media hora diaria. Demasiados conocimientos pueden perjudicarle. Debes mantenerlo siempre lejos de la humedad o su resistencia quedaría dañada.

John, tal vez sugestionado por las vehementes palabras de Sirinka, tomó el cubito con delicadeza. Por una fracción de segundo estuvo tentado de creerla, o al menos desear que fuera verdad lo que había escuchado; pero rápidamente apeló a su sentido común y volvió a ser el mismo escéptico de siempre. Mostró los dientes en una amplia sonrisa, depositó el diminuto objeto dentro del bolsillo de su camisa y pensó que debía de ser uno de los tantos adornos que los hippies vendían en cada esquina.

—Te estoy agradecido, preciosa. Ahora tomarás conmigo ese whisky, ¿no? Empezaremos de esta forma el ritual terrestre para cerrar nuestra alianza. Mejor dicho, el pacto de mutua amistad entre las dos razas, separadas hasta hoy por el tiempo y el espacio.

Estaba ya por su tercera copa y la euforia aumentaba por momentos. Se rió de su propia frase al encontrarla muy apropiada para una próxima novela.

—Aún no hemos terminado, John.

El adoptó una postura compungida.

—¿Qué más queda? —preguntó.

—Tenemos experiencia en casos como éste. Cada planeta primitivo posee su particular sistema de gobierno. A veces las

supersticiones religiosas han impedido a los primates elegidos desarrollar con eficacia su labor para sacar a sus semejantes de la ignorancia. En algunos mundos hemos debido hacer el intento más de una docena de veces hasta hallar al hombre adecuado, capaz de llevar a las altas jerarquías el presente de Orfhiol.

—En tal caso, ¿por qué no os habéis puesto en contacto con los líderes políticos?

Ella hizo una mueca de desagrado.

—En ningún caso los computadores han encontrado a los políticos adecuados para efectuar con ellos el contacto.

John se dijo que ya estaba bien. La noche estaba terminando. Quedaba poco tiempo. Anne se despertaría apenas en dos horas y se extrañaría mucho no verle en el piso. Prefería no tener que decirle que había salido. Lo mejor que podía hacer era regresar a su gabinete y fingir dormir en el sillón. De esta forma Anne pensaría que el sueño le había vencido mientras ganaba los dólares para pagar la casa en Florida.

—Escucha, Sirinka; no sólo has tenido la suerte de llamar a mi puerta para encontrarte con el hombre capaz de creerte, sino que soy hermano del ministro más importante del país. Mañana mismo pienso ir a verlo y se lo contaré todo. El se encargará de dar la noticia al mundo y nos pondremos a trabajar como locos con este... chisme, digo selector. En unos días desasnaremos hasta el último terrícola. ¿Qué te parece?

Sirinka se puso en pie y su rostro volvió a resplandecer de satisfacción.

—Magnífico, John Percy. Es importante que a su llegada los trulls no encuentren una raza embrutecida, sino inteligente y capaz de plantarles cara. Por esta misión tan satisfactoria seré felicitada por el Regidor.

—Pero nena, ¿es que nunca vas a beberte la copa?

Ella miró el whisky con cierto reparo.

—¿Debo tomarlo? ¿Te ofendería si no lo hago?

—Bueno, no te lo tomes tan... a pecho. Si resulta que eres abstemia puedes dejarlo.

La chica sonrió y dijo:

—Lo beberé. Quiero complacerte. Has sido tan amable conmigo que debo corresponderte.

Bebió y trató de contener un gesto de desagrado.

—Eres deliciosa —sonrió John quitándole el vaso—. Si todas las hembras de tu planeta son como tú, mañana mismo corro a Cabo Cañaveral y me presento voluntario...Dejó de hablar porque Sirinka empezó a despojarse del pijama. ¡Vaya con la niña! No había manera de entenderla. Antes tantas tonterías, fantasías y palabras y ahora... ¡Qué prisa le había entrado!

Mas los sugestivos pensamientos de John se esfumaron al escuchar:

—Gracias por tus signos de hospitalidad, John; pero sólo me servirían de estorbo en el regreso. Te los devuelvo.

De repente, el edificio pareció hundirse sobre John. Turbios pensamientos acudieron a su cerebro. ¡Aquella calentona! ¿Acaso pretendía burlarse de él diciéndole ahora adiós? Ya conocía a semejante tipo de chicas. Les gustaba coquetear, incitar al hombre para luego decirle: si te vi no me acuerdo y de lo que pensabas, nada, monada; abur, imbécil. ¡Una calienta braguetas, eso era Sirinka!

Pero no estaba dispuesto a quedarse con un palmo de narices, no. Aquella fresca iba a recibir su merecido.

La cogió por el brazo desnudo, puesto que tenía ya medio quitada la camisa del pijama, y, sintiéndose electrizado al tocarla, le dijo con voz mesurada y baja, pero queriendo gritar en realidad:

—¿Te figuras que voy a permitir que te vayas tan ancha? Ah, no. Y no vayas a decirme que eres una estrecha, ¿eh?

Sirinka parpadeó varias veces. Compuso un gesto de inocencia y confusión que aún enfureció más a John.

—Debo regresar. Ya está todo resuelto, ¿no?

—Mira, encanto. ¿Supones que voy a dejarte ir así como así? Has llamado a mi casa a una hora que sólo sirve para dormir o para irse a la cama, y no precisamente para soñar con serafines. Me has contado todo lo que tu singular mente te ha sugerido. ¿Acaso es justo que ahora desaparezcas así de sencillo, como si nada hubiera pasado? ¡No! Eso no puedo tolerarlo.

—¿Pero por qué?

—¿Tienes la desfachatez de preguntarlo? ¡Por mi orgullo de hombre! Richard, cuando regrese, comprobará que he utilizado su apartamento. Si le digo que traje aquí a una chica de tu clase, me

felicitará; pero si le cuento la verdad se reirá de mí toda su puñetera vida.

Y a Richard no puedo mentirle. El muy tunante sabe descubrirme cuando suelte un embuste. Y además, sobre todo porque ya me había hecho a la idea de comerme el bombón que eres tú y soy incapaz de devolverlo a la pastelería sin probarlo al menos. ¿Entiendes ahora?

La muchacha se quedó muy pensativa. Parecía hacer un gran esfuerzo para comprender la situación.

—Oh, John. Yo no deseo herir tus sentimientos. El Regidor no me perdonaría nunca si por mi culpa se ofendiera el hombre elegido. ¿Qué es lo que he hecho mal para que te sientas tan molesto y enfurecido? ¿He faltado a alguna costumbre local?

A pesar de la ofuscación que nublaba la mente de John, una chispa de astucia le iluminó. Se llamó tonto. Había olvidado que se encontraba frente a una paranoica. Había que utilizar la inteligencia y no gritar como un cretino.

—Sí, Sirinka. Efectivamente, estoy ofendido. Todo mi planeta me escupiría a la cara si se enterase que no he sabido comportarme debidamente contigo. Seré duramente insultado, incluso castigado, por no haberte agasajado como se merece un huésped de tu categoría.

Ella, todavía desconcertada, sonrió.

—Reconozco que las costumbres de los planetas primitivos suelen ser a veces muy extrañas. ¿Qué debo hacer?

John suspiró hondo antes de decir:

—Tu Regidor te envió porque eres una mujer, una preciosa mujer desde luego, para entrevistarte con un nativo de este planeta, un hombre, que soy yo. En casos semejantes es costumbre en la Tierra que la amistad sea reafirmada con el acto normal, sincero, antiguo y gratificante que existe. Es el gran símbolo de la amistad y el entendimiento. ¿Vas comprendiendo?

Sirinka se encogió de hombros al tiempo que negaba con la cabeza.

John la tomó por la cintura y lentamente la fue conduciendo hasta el dormitorio mientras decía:

—El amor, Sirinka, es lo único igual en todos los planetas de las galaxias. El amor es considerado aquí como la suprema culminación

y entendimiento entre dos seres de diferente sexo, que están dispuestos a trabajar por el bien de sus semejantes, de la raza humana y la paz en el Cosmos.

La muchacha se detuvo vacilante a la entrada del dormitorio. John la oprimió con más fuerza, como si temiera que escapase. Sirinka parpadeó varias veces y dijo dubitativa:

—Es raro, pero no recuerdo nada de esto en lo que aprendí en la Unidad referente a los protocolos locales. En fin no quiero dejarte una huella de poca amabilidad. Colaboraré con todo entusiasmo en el ritual.

—Apresúrate, Sirinka. Recuerda que no debemos hacer esperar a ese rayito transportador —dijo John mientras apagaba las luces y dejaba solamente encendidas dos tenues bombillas rojizas.

—John, humildemente reconozco que no sé nada de ningún ritual. Debes decirme tú lo que debo hacer. Colaboraré con entusiasmo.

—Estoy seguro que sabrás hacerlo estupendamente —dijo besándola en los labios.

Y John pensó fugazmente, en esos excitantes instantes, que Sirinka debía marcharse cuanto antes apenas terminasen. Le dejaría incluso el pijama. Anne no lo echaría en falta, pensando que ya estaría guardado en alguna maleta.

La tomó de las manos y despacio la fue tendiendo en la cama.

CAPITULO IV

SIRINKA apareció ante el Regidor un segundo después de que su imagen hubiera parpadeado en el cubículo del rayo transportador. En realidad podía decirse que de haber parpadeado el Regidor una sola vez, podía pensar que Sirinka nunca había abandonado la Unidad.

La muchacha se acercó al hombre, alto y de tez rosada, edad indefinida y serenidad en cada una de sus nobles facciones. Tan sólo el hecho de que los cabellos estuvieran revueltos indicaba que Sirinka había estado cerca de tres horas en la Tierra.

—¿Cómo resultó, Sirinka? —inquirió el hombre.

—Pude entregar el selector al hombre elegido.

—¿Dificultades?

—Algunas al principio. El elegido resultó ser un receptor de primer grado. Es un profeta en su planeta, tal como lo estimaron los computadores. Además, está magníficamente relacionado con líderes y gobernantes. No encontrará dificultades en colaborar para que su planeta alcance un nivel medio de civilización en pocas revoluciones solares.

El Regidor sonrió, henchido de orgullo, y dijo:

—Nuestros rastreadores son eficientes. Los datos que transmitieron a nuestros computadores fueron ideales, y éstos nunca se equivocan.

Observó el Regidor que la muchacha ponía un gesto de desaprobación a sus palabras. Se apresuró a preguntar:

—¿Es que ha sucedido algo imprevisto?

—No estoy segura. Señor, vuelvo algo confundida. Tal vez no recibí datos suficientes acerca de las costumbres sociales nativas y estuve a punto de ofender al elegido. Si volvemos debemos tener

más cuidado en este tipo de operaciones tan rápidas.

—¿Pudiste evitar el incidente?

—Por supuesto.

—Explícate.

—El planeta llamado Tierra vive en los primeros ciclos de la procreación, primitiva y llena de complicaciones sexuales. Al parecer sus habitantes prestan mucha atención e importancia a este aspecto. No ocurre como en otros sitios similares, que sólo recurren al aparejamiento con un fin determinado, el de procrear. Aunque hacen intentos para la gestación artificial, precisan aún de la colaboración hombre-mujer para llegar al nacimiento de nuevos seres. De tal acto, rudimentario, han formalizado una especie de protocolo social al que dan excesiva consideración.

»Tuve que revisar los conocimientos prehistóricos de nuestro mundo para poder actuar como un ser primitivo, de forma que dejase satisfecho al elegido. Me vi obligada a esforzarme al máximo para imitar a una hembra nativa.

El Regidor la miró con cierta alarma en sus ojos.

—¿Percibiste algún gesto de decepción en el terrícola?

Ella sonrió.

—No. Estoy segura que le he dejado complacido. Dormía cuando me marché. Pero para mí ha supuesto un gran esfuerzo de concentración mental. Como comprenderá, ha sido una experiencia inédita.

—Lo entiendo —asintió el Regidor. Pensó en ello y se estremeció ante la sola idea de un contacto con otro cuerpo—. Ha sido muy meritoria tu actuación. Te felicito, Sirinka. Por tu labor te propondré para un ascenso.

Se volvieron hacia una pantalla, para mirar el pequeño puntúo que era el sol de aquel sistema primitivo. El Regidor pensó que allí había ya un hombre capaz de dar a sus hermanos de raza la llave que podría llevarles a las estrellas.

—Me hubiera gustado haber dispuesto de más tiempo —musitó el hombre—. Este planeta es muy curioso, singular. Me pregunto si los trulls dejarán algo que merezca la pena en él cuando se marchen.

Sirinka no le escuchaba. Pensaba en el hombre y en los momentos que había pasado entre sus brazos, sintiéndose poseída

de manera salvaje... pero que la excitó hasta tal extremo que llegó a olvidarse del asco inicial y terminó entregándose de lleno a los juegos que con rapidez fue descubriendo.

Ante la sorpresa del Regidor lanzó un suspiro y se quedó mirando, con expresión ausente, el profundo espacio que se alejaba de ellos vertiginosamente.

John se incorporó de la cama de un salto. La tenue luz apenas le facilitó la visión, medio dormido como estaba.

Se puso en pie y empezó a vestirse. Encendió las luces y buscó nerviosamente a la muchacha. Miró en las demás habitaciones. Nada. No estaba. Se había marchado aprovechando que él se quedó dormido. Incluso le dejó el pijama sobre una silla.

Cogió la prenda y entró en el cuarto de baño. Se refrescó la cara y desechó el deseo de tomar una ducha porque no quería perder más tiempo. Al meter la mano en el bolsillo de su camisa para guardar el peine, sus dedos tocaron el dadito de cristal. Apenas contempló su color esmeralda y lo arrojó al retrete. No debía guardar objetos comprometedores. Anne podía hacer preguntas si lo descubría.

Estaba junto a la puerta, con las manos cerca del conmutador general para apagar las luces. La izquierda la tenía levantada a la altura de sus ojos, sin dar crédito a lo que veía. Su reloj marcaba las cinco y cinco minutos.

Dibujó una sonrisa estúpida. Se le debió parar. A veces no se acordaba de darle cuerda. Anne le decía muchas veces que debía comprarse uno automático o digital, pues por su nostalgia por conservarlo, debido a que perteneció a su padre, siempre llegaba tarde a las citas.

Cerró bien el apartamento de Richard y al acercarse a la puerta de su piso, con las llaves en la mano, se detuvo. Se extrañó al no escuchar los ruidos característicos que esperaba oír. A aquella hora Anne ya debería estar despierta y armando un ruido de mil demonios levantando a los niños, bañándolos y discutiendo con ellos para que se comieran el desayuno.

Su mujer, al ver los papeles de su novela aún sin arreglar, pensaría que él había bajado a la cafetería de la esquina a tomar café. No se extrañaría porque lo hacía a menudo. A John, a veces, no le gustaba esperar que ella lo preparase.

Lentamente introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Cerró detrás de sí con suavidad, impresionado ante el silencio que encontró. Todo estaba oscuro, excepto su gabinete, encendidas las luces tal como las dejara.

Arrugó el ceño. ¿Cómo era posible que Anne aún no se hubiera levantado? Llegó hasta el dormitorio y abrió unos centímetros la puerta.

La escena que vio lo dejó clavado en el suelo. No I ocurría nada anormal, y eso fue precisamente lo que le asustó. En aquel momento empezó a dudar de su reloj, de todo. Quizá no se había parado...

La abierta ventana de la alcoba le permitió ver una ciudad aún en tinieblas. El despertador digital de la mesita de noche indicaba que eran las cinco horas y diez minutos. Se llevó su reloj de pulsera cerca del oído. No estaba parado. El tic-tac le resonó como un redoble de tambores.

John se estremeció. Su cabeza empezaba a darle vueltas. Casi corrió a la cocina. Allí, el reloj de pared sólo tenía tres minutos de adelanto respecto al suyo. Anne lo mantenía un poco adelantado porque así creía disponer de ciento ochenta segundos de reserva.

Se pasó la mano por la frente. Entró en su gabinete con una expresión de sublime cretinez en el rostro. Salió a la terraza y miró abajo, a la calle con mínima circulación. ¿Qué le había pasado? En el apartamento de Richard no se percató de nada debido a la oscuridad de la noche, porque todas las persianas estaban echadas. Richard disfrutaba de un magnífico sistema de aire acondicionado y no precisaba de abrir las ventanas ni en el más caluroso día. Incluso lo dejaba conectado cuando se marchaba, para encontrarse el apartamento a su gusto al volver.

Aquello no podía ser, debía tratarse de una locura o en alguna parte existiría una explicación. Trató de serenarse y pensó. Sirinka llamó a las cinco y cinco minutos. Al menos tenían que haber transcurrido dos horas. O mejor, tres.

Todo resultaba absurdo. Sintió la necesidad de encontrar una respuesta lógica. Regresó al interior y cogió el teléfono, marcó unos números y una voz femenina le informó átonamente:

—... Cinco horas, catorce minutos, diez segundos; cinco horas...

John sintió mareos.

—... Cinco horas, catorce minutos, veinte segundos; cinco horas...

Colgó el teléfono. En realidad no había necesidad de llamar. La oscuridad del exterior era la prueba de que él...

—¡Dios mío! —exclamó John entre dientes. Se acordó de súbito del dado de metal parecido al cristal, con su vivo color esmeralda. Lo vio cayendo al retrete, hundirse en el líquido azul y desinfectante.— ¿Qué he hecho?

Se derrumbó en un sillón. Su mirada cayó sobre el montón de folios de Las doradas naves de Calistor.

Había sido un imbécil, el más grande de toda la Tierra. Sí, Sirinka resultó ser... eso: Sirinka, lo que ella dijo que era. Los dos habían estado aislados del resto del universo en el interior de una fracción de segundo, apartados del campo temporal normal.

¡Y él la escuchó sin creerla, suponiéndola una loca, una hermosa y atractiva loca que sólo quería una aventura!

¡Imbécil!

Cogió los folios de su novela. Su mano cayó a un lado y dejó escapar los papeles mientras murmuraba:

—¿Qué es lo que he hecho? —gimió y repitió—: ¿Qué es lo que he hecho para tener que dejar de hacer tantas cosas maravillosas?

Se quedó allí un rato, inmóvil, incapaz de mover un músculo.

De repente se incorporó, cogió unas llaves y corrió por el pasillo. Antes de llegar a la puerta escuchó que Anne, aún somnolienta, le llamaba. Gritó que pronto volvería y cerró de un portazo.

Richard aferró el teléfono, deseando que fuera el cuello de John. Dijo, tratando de calmarse:

—Mira, aún me queda un día de trabajo en New Jersey y no pienso volver si no me explicas lo que realmente pasa.

En el apartamento de su amigo, John aplastó el cigarrillo y trató de ser paciente y poner convicción en sus palabras.

—Rich, por el amor de Dios, vuelve en seguida. Mira, tengo a Peter, el portero, con varios hombres taponando la salida del colector del edificio —miró con aprensión a los fontaneros y albañiles que trabajaban en la otra habitación, haciendo un ruido de mil pares de diablos enfurecidos.

—¿Qué ha pasado? —escuchó la voz de Richard alterada.

—¿Por qué no vuelves y te lo explico? Te necesito aquí. Tengo

una idea y un montón de problemas.

—Dime qué idea es...

—Eso lo sabrás cuando estés aquí. Eres un tipo estupendo y conoces una docena de personas y direcciones que me son precisas. Por ejemplo, algunos laboratorios y almacenes de suministros.

—Estás loco.

—Lo estaré si esa pandilla de idiotas no dan pronto con lo que busco.

Tras una pausa, la voz de Richard preguntó sibilinamente:

—¿Qué estás buscando? Oye, aún no me has dicho qué estás haciendo en mi apartamento.

—Algo muy pequeñito. Eso es lo que busco. Y me están ayudando tres fontaneros, dos albañiles y un arquitecto que intervino hace treinta años en la construcción del edificio.

—¿Qué hacen?

—Están levantando tu piso, exactamente el cuarto de baño y todos los demás hasta la primera planta. Por el teléfono surgió un rugido de hombre lobo en celo.

—No te sulfures, hombre; yo correré con los gastos.

—¡Tomaré el coche y estaré ahí cuanto antes!

—Richard...

—¡No trates de disculparte! Si es cierto lo que dices te acordarás de mí, pero si es mentira, una broma, te juro que...

—Richard, alquila un helicóptero y date prisa. Yo pagaré la cuenta.

Y colgó el teléfono.

Luego miró a los hombres que trabajaban.

Esperó.

CAPITULO V

RICHARD Longer entró en su apartamento y vio a Percy de espaldas hablando por teléfono.

Su amigo asentía y repetía monosílabos afirmativos. Le escuchó:

—... Sí, señor Hudson, sí... De acuerdo... Todo terminado... Puede verlo con sus propios ojos. Incluso está mejor la instalación sanitaria. Oh, vamos, créame... De acuerdo y gracias. Nos veremos.

Apenas hubo colgado, Richard dijo:

—¿Qué ha pasado? Peter me aseguró que todo está acabado.

John se volvió y mostró una sonrisa. Parecía algo cansado y Rich se dijo que le daría unos minutos de plazo antes de aplastarle la nariz de un puñetazo. Su apartamento aún olía a cemento, yeso y a residuos de fontanería. Una ligera capa de polvo cubría los muebles.

—Hola, Rich. Has tardado mucho, ¿no?

—He viajado en coche. No quise arruinarte más alquilando un helicóptero. John, dispones de cinco minutos.

—Siéntate y toma una copa.

—Hombre, gracias —rezongó Rich. Fue a sentarse en su butaca favorita, pero desistió al verla blancuzca debido al polvo.

John se apresuró a limpiársela con un trapo. Luego llenó dos copas y entregó una a su amigo, quien la aceptó con el ceño fruncido.

—Así que es cierto —prosiguió Rich—. Has metido albañiles en mi apartamento.

—Ya te lo dije, ¿no?

—Pensé que se trataba de una broma pesada. Mira, he estado conduciendo un montón de horas y estoy agotado. Para colmo, mi negocio tuve que posponerlo porque el tipo con quien debía entrevistarme se largó a la capital a todo gas. Trabaja para el

gobierno y algo ha pasado, un asunto gordo.

—Lo sé. Te refieres a que el Explorer vuelve a la Tierra.

—¿Cómo lo sabes?

—He relacionado la noticia con la marcha precipitada de tu amigo.

—¿Y Anne?

—Se marchó a Florida con los crios.

—Y desde allí te pedirá el divorcio, ¿no?

—En absoluto, aunque motivos no le faltan —admitió John con tristeza—. Le dije que mi editor me quería aquí estos días, que un[4]tipo del cine pretendía comprar todas mis novelas para llevarlas a la pantalla.

—Eso es mentira.

—Claro que lo es. Pero tenía que buscar una excusa. Necesito estos días, Rich.

—Cuando entré estabas hablando con el propietario del inmueble. ¿Me equivoco?

—Logré convencerle al final —sonrió—. Quería echarme a la calle. A Peter le dije que contaba con el permiso del propietario para inspeccionar las cañerías.

—¿Qué te ha costado la broma?

—No sé, creo que unos doce mil dólares.

—¡Estás loco! ¿Qué buscabas?

—Ven —John agarró a su amigo de un brazo y lo sacó del apartamento—. Ven a mi piso y te lo contaré todo.

Por el camino empezó su explicación y la terminó en su gabinete. Richard le escuchó al principio con el mismo gesto de mal humor, pero luego lo cambió por uno de preocupación, como si ya estuviera viendo a su vecino bien sujeto por una camisa de fuerza.

—No me habría importado que fueras tan sinvergüenza como para acostarte con una fulana en mi apartamento teniendo a tu esposa a unos palmos —se levantó iracundo—. Pero me desagrada que me tomes por un imbécil. Nunca leí una novela tuya y no consiento que...

Percy abrió un cajón de su mesa y sacó un envoltorio.

—Espera —pidió—. Ten paciencia. Aquí está el objeto.

—¿Por eso te has gastado una fortuna metiendo las manos en la mierda? —preguntó Rich torciendo el gesto, como si hasta él llegara

el mal olor que suponía aún debía envolver al mencionado dado.

John cogió el cubito entre dos dedos y lo acercó a los ojos de su amigo, quien tuvo que admitir que a simple vista parecía una verdadera esmeralda finamente tallada, con aristas perfectas.

De pronto surgió de un lado del cubo un filamento y John empezó a sonreír mientras se lo acercaba al cuello.

—¿Vas a clavarte eso? —inquirió Rich alarmado—. ¿Verdaderamente supones que así dejarás de ser un retrasado mental?

John lo apartó y movió la cabeza.

—Sigues sin creerme. Te he contado la verdad. Viví tres horas en el transcurso de un segundo. Todo estaba inmóvil a mi alrededor, el mundo entero. En realidad quiero decir que Sirinka y yo nos movíamos a velocidad vertiginosa.

Longer empezó a dibujar una sonrisa.

—Pues ella no quedaría satisfecha con tanta rapidez.

—Ella quedó muy contenta —dijo John separando las sílabas—, Y hasta juraría que era la primera vez que lo hacía, pero resultó una alumna aventajada. ¿Entiendes?

—No. ¿Dónde está?

—¡Qué sé yo! Se habrá largado a su mundo. Con este aparatito —dijo agitándolo— yo sabré dónde está Orfhiol y adquiriré los suficientes conocimientos para prevenir a la Tierra de la amenaza de los trulls.

—¿Qué clase de amenaza?

—Aún no lo sé.

Richard lo miró de arriba abajo.

—Y me has llamado para que yo asista a tu muerte, ¿no? ¿Para que contemple como te largas al infierno clavándote eso en el cuello?

—Tú también querrás probarlo cuando veas los resultados. Rich, luego necesitaré colaboración, de los laboratorios y mejores talleres en electrónica. Diseñaré planos, máquinas que serán increíbles, fantásticos elementos.

—Estás tan seguro... No sé que pensar. O estás loco o dices la verdad. Me gustaría creerte.

—Yo estoy seguro porque viví tres horas mientras en el mundo sólo transcurrieron uno o dos segundos. Aunque no tuve la suerte

de asomarme a la calle y verlo todo quieto, sé que así estuvo mientras Sirinka permaneció a mi lado.

—¿Por qué no te diriges al Gobierno y se lo explicas todo?

John cerró el puño y lo movió.

—Ellos me creerían menos. Ni siquiera la vuelta a la Tierra del Explorer sería una evidencia. Cuando quisieran reaccionar sería tarde y los trulls nos habrían vuelto locos.

—¿Locos?

—Sirinka me insinuó que son extraños seres... como niños traviesos.

—¿Y han interferido el curso del cohete que se dirigía a Neptuno?

—Estoy seguro. Admito que es una suposición, pero es la primera prueba que los trulls están cerca. Ellos, al parecer, no poseen naves tan rápidas como los seres de Orfhiol.

Richard entornó los ojos. Cuando miró a su amigo, le preguntó:

—¿Qué pretendes hacer primero?

—Debe existir un medio para ponerme en contacto con Sirinka.

—¿Tan hermosa era?

—No sabría describírtela —suspiró John—, Y no hables de ella en tiempo pasado. Es hermosa, sublime.

—Pobre Anne.

—Deja a mi esposa. A Anne la quiero. Si vieras a Sirinka te volverías loco por ella con sólo contemplarla —sonrió cabizbajo—. No me atrevo a suponer cómo quedarías después de haberla tenido en tus brazos y besado todo su maravilloso cuerpo.

—Me estás poniendo los dientes largos, compañero —rió Rich.

—¿Estás dispuesto a ayudarme?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Percy poniéndose en guardia.

—Debo llevar ese dadito del infierno a que lo vea un experto.

—¡De ninguna manera! —exclamó Percy retrocediendo un paso.

—Sólo para que lo vea un amigo experto en gemas.

Tiene la tienda dos manzanas más abajo. Puedes venir conmigo, hombre, y no soltarla un momento.

John consintió y ambos salieron al pasillo. Allí llamaron al ascensor. Mientras lo esperaban salieron a atisbar dos viejas del apartamento del fondo. De soslayo, Richard observó que

cuchicheaban y señalaban a John. Una de ellas se llevó el índice a la sien y luego se retiraron dando un portazo.

Rich no comentó nada, pero se preguntó si dentro de un rato no pensaría lo mismo que aquellas dos solteronas.

El dictamen del gemólogo no pudo ser nada revelador, pero a Richard le bastó contemplar su cara de ansiedad y nerviosismo después de someter el cubito al microscopio electrónico. John tuvo que arrebatárselo un poco violentamente porque se resistía a desprenderse del regalo de Orfhiol. Cuando salieron de la tienda, el pobre experto sollozaba después de escuchar una negativa a su propuesta de compra, por una cantidad de dólares que hizo poner pensativo a Richard.

—¿Te convences? —preguntó John, mientras regresaban al edificio.

Rich se encogió de hombros. El gemólogo empezó diciendo que parecía una esmeralda, pero pesaba como el oro y tenía la dureza del diamante. Afortunadamente, John no hizo que el filamento apareciera. Aquello habría terminado de confundir al pobre hombre.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Rich estranguladamente.

Entraron en el zaguán y Peter, el portero, les dirigió una mirada uraña y volvió a enfrascarse en la lectura del periódico.

—Haré en seguida una prueba —dijo con firmeza John—. Según las instrucciones de Sirinka, debo pensar, concentrarme, en una cuestión que desee dilucidar. Por ejemplo, si quisiera saber cómo construir una bomba de neutrones, todos los datos acudirían a mi mente.

—¿Para qué quieres una bomba de neutrones?

—Es un ejemplo, hombre. Lo primero que haré será averiguar si es posible establecer contacto con la nave de Orfhiol, que se aleja a una velocidad superior a la luz.

—En ese caso procura diseñar un comunicador con pantalla de televisión —sonrió Longer—. Me gustaría conocer a Sirinka.

En el ascensor, John añadió:

—Y dinero. Será necesario mucho dinero para comprar todo lo que necesitemos. Yo me he quedado casi sin blanca.

Rich lo miró ceñudo.

—No firmaré un talón hasta ver si eres capaz de recitar la tabla

de multiplicar.

Mientras abría la puerta de su apartamento, John aseguró:

—Te dejaré patidifuso cuando te largue la teoría de Einstein y sus derivados.

—¿Qué derivados?

—¿Cómo quieres que los sepa, si nunca fui capaz de comprender qué teoría descubrió el amigo Einstein?

—Vaya escritor de ciencia-ficción estás tú hecho —gruñó Rich.

Acomodados en el gabinete de John, recién abierta una botella de whisky y bebidos unos tragos, Rich se percató de los folios desparramados por el suelo.

—¿Tú última novela? —preguntó.

—Bah, déjala ahí. Es una basura.

—Empezamos a estar de acuerdo en algo —susurró Rich procurando que su amigo no le escuchara.

Y lo observó cómo se quitaba la chaqueta y llevaba el cubito con ambas manos al occipital, tanteando.

—Adiós, amigo —suspiró Rich—. Deberías dejarme la dirección de tu casa en Florida para avisar a la inminente viuda.

—Imbécil —gruñó John. Cerró los ojos y tomó impulso para clavarse la aguja.

Rich no se atrevió a mirar en seguida. Estuvo con los ojos cerrados unos minutos, temiendo escuchar caer al suelo el cuerpo de John, sin vida, con un dadito verde clavado y del cual salía un hilo de sangre.

Cuando miró se quedó con la boca abierta. John estaba sentado frente a él, mirándole con expresión estúpida, los ojos en blanco y los labios entreabiertos. Rich se asustó y se levantó para acercarse al inmóvil cuerpo. Con mucho miedo tocó la mano de John apoyada en la rodilla. Su amigo no resbaló de la silla y aún parecía palpitarle el corazón.

—John, ¿me oyes? —preguntó en un susurro que casi ni siquiera él escuchó.

No obtuvo respuesta y sólo se conformó un poco cuando notó que el pecho se movía ligeramente. John respiraba. Despacio, Rich se colocó detrás y contempló el objetivo verde clavado, muy profundamente.

Regresó a su asiento y esperó. Encendió un cigarrillo, y luego

otro. Pasaron los minutos y al cabo de media hora tenía agotado el paquete y empezó a morderse las uñas. Se incorporó y buscó más cigarrillos. No se atrevió a meter la mano en el bolsillo del pantalón de John, como si fuera a profanar a un muerto.

Dio vueltas alrededor del inmóvil John, que seguía sin cambiar de postura un solo centímetro. O milímetro, mejor dicho.

Totalmente perdido el control, Longer se acercó al cuello y con un impulso incontrolado agarró el dadito y tiró de él. Sacó el filamento y lo miró. Ni una gota de sangre.

Lanzó un grito cuando vio que el hasta entonces quieto cuerpo de John empezó a resbalar todo lo suavemente que pudo en el suelo. Agarró un cojín y lo puso debajo de la cabeza. Corrió al cuarto de baño y regresó con una toalla húmeda.

Encontró a su amigo sentado en el suelo y rascándose el lugar donde había tenido inserto el dado.

—¿Qué te ha ocurrido?

John siguió bebiendo, hasta acabar con el whisky doble, y Richard se preguntó si en tales circunstancias la bebida le sentaría bien. El escritor apartó despacio el cristal de sus labios y miró a Rich, con una mirada que éste desconocía.

Se asustó y empezó a restregarse las manos con rapidez.

—Vamos, habla —apremió.

—Querido Rich, olvidé una recomendación de Sirinka —John sonrió lleno de amargura—. No sé que hubiera podido pasarme, pero ella me previno del selector; resulta peligroso abusar de él en sesiones largas.

—Y tú has estado más de media hora…

—No lo sé exactamente, pero todo este tiempo ha sido algo doloroso y dulce para mi.

—¿Qué hacías con esa expresión, como si te hubieras tragado una libra de LSD?

—No he pasado de las drogas blandas, algo de marihuana y eso, pero te juro que creí tener el mundo en mis manos. Mi cerebro pensaba con fuerza, estrujando cada neurona de mi ser, cada célula se abría y absorbía miles de datos, de claves y fórmulas. —Se pasó una mano por la frente y resopló—. Aún estoy aturdido y no sabría explicarte lo que siento, cuanto sé; mas estoy seguro que cuando llegue el momento todo estará ordenado dentro de mi.

—¿.De veras que estás bien? Antes pensé en llamar a un médico...

—Nada de eso —John se levantó y sus pies arrugaron algunos folios de la novela desparramada—. Cuando esto acabe, si existe la oportunidad, creo que escribiré cosas fabulosas, Richard pero ahora debemos ponemos a trabajar.

Se dirigió a la mesa y empujó la máquina eléctrica a un lado. Tomó un papel y empezó a escribir con rapidez. Sólo una vez pareció vacilar un poco, para a continuación recuperar la velocidad. Cuando acabó se lo tendió a Richard.

—Necesito todo esto. Los pedidos puedes hacerlos por teléfono y que sean enviados a algún almacén que alquilaremos. Reserva un lugar de trabajo en esos laboratorios que sirven implementos a la NASA. Elegiremos nuestros colaboradores, pero trabajarán por separado y nunca sabrán qué desarrollan en los planos que les haremos llegar.

Rich estudió la lista y lanzó un silbido.

—Esto costará un pico, amigo. No dispongo de tanto. ¡Estás hablando de millones de dólares! Aquí leo elementos de alto coste, elaborados en oro, cadmio...

—... Y platino, además de otros metales raros y caros. Lo sé. Pero con una mínima parte de ciertos aparatos que podríamos vender a la industria electrónica ganaríamos mucho más.

Rich miró a su amigo con aprensión.

—¿No estarás haciendo todo esto por dinero?

—Eso me tiene sin cuidado. Vamos, ponte a trabajar. Esta noche podríamos tenerlo todo dispuesto para comenzar.

—¿A qué viene esa prisa?

Por toda respuesta, John pasó a la otra habitación y encendió el televisor. Apareció en la pantalla un locutor de noticias que decía:

«—... las dos estaciones lunares. El efecto está siendo estudiado y el mando conjunto ruso-americano ha prometido dar una respuesta válida antes de veinticuatro horas. Mientras tanto, un grupo de científicos propone una mayor vigilancia del espacio exterior. Alegan que lo sucedido en la Luna está íntimamente relacionado con el inexplicable retorno prematuro a la Tierra del Explorer.»

—¿Qué está diciendo ese mentecato? —inquirió Rich.

—Espera —dijo John levantando la mano.

«—… Como hemos dicho al principio de este informe, las dos bases en la Luna han sido desplazadas de sus anclajes y trasladadas a una distancia de quinientos kilómetros en dirección a Sinus Roris. No se conocen daños ni bajas. Todos los hombres y mujeres están en perfecto estado, como han reconocido los mandos. El movimiento fue inadvertido y sólo comenzó el desconcierto cuando los rusos se dieron cuenta que estaban en la base americana y los americanos se hallaban sentados en el comedor ruso, con caviar y vodka en las mesas. Como era el momento de la comida en el recinto americano, el jefe ruso ha expresado su disgusto ante el menú americano, afirmando que las salchichas y las hamburguesas eran de ínfima calidad y representan la degeneración de la sociedad capitalista. Se sospecha que nuestros compatriotas, en cambio, dieron buena cuenta del caviar y acabaron con todo el vodka que encontraron…»

Richard se aseguró que llevaba encima el talonario, deglutió y dijo, algo pálido:

—Voy a llamar a mi secretaria para que nos ayude, John. Esta noche tendrás a tu disposición cuanto necesitas.

El otro asintió, contemplando el televisor con ojos críticos. Cerca de la puerta, Richard se volvió y gritó:

—Deberías llamar a tu mujer, interesarte por ella.

Sonó la puerta al cerrarse y John respondió sin volverse:

—Oh, lo haré en seguida.

Pensó que aquel sistema de televisión era una birria.

CAPITULO VI

SIN Sharon, la secretaria de Richard Longer, las cosas no se hubieran solucionado tan rápidamente. La chica, eficiente, encontró un piso desocupado en la calle Este 34 y desde la centralita —que montó en pocas horas— canalizó los pedidos, que comenzaron a llegar al día siguiente a media tarde.

Para entonces, John Percy se había encerrado en una habitación y allí empezó a trastear, abriendo embalajes y seleccionando el material.

—¿No hubiera sido mejor buscar un local fuera de Manhattan? —preguntó Rich cuando llegó hasta donde estaba Sharon, tras pasar con dificultad a través de un montón de cajas. También pensó que el alquiler sería astronómico.

La chica levantó la mirada de los papeles, recibos y albaranes, sonrió y dijo:

—Estamos bien aquí, señor Longer. Los pedidos llegarán con facilidad y sin demora. Al señor Percy le ha parecido magnífico.

—Si él lo dice...

Sharon se quitó las gafas y Rich se quedó mirándola. ¿Cómo no se había fijado antes que su secretaria era tan bonita? Tenía unos ojos grandes y hermosos y de busto estaba excelentemente proporcionada. Cuando respiraba parecía que iba a estallarle el suéter. Esperó a que se pusiera las gafas y siguió pensando que con ellas no perdía nada del repentino atractivo que había descubierto.

—¿Quería algo, señor Longer? —preguntó Sharon al descubrir que él se había quedado allí plantado.

—No, nada —tartamudeó. Tosió y dijo—: Iré a ver a John.

—Señor, antes que se vaya desearía que me dejase firmado unos talones. Se los tendré preparados.

—Sí, sí.

Y anduvo por el estrecho pasillo formado por los embalajes, pensando que no comprendía cómo se le había pasado por alto la belleza de Sharon después de casi seis meses que llevaba trabajando en su oficina.

Encontró a John enfrascado en ensamblar un montón de piezas relucientes que tenía esparcidas en una larga mesa. Aquello le obligó a parpadear. Demonios, John nunca había sido capaz de cambiar una lámpara fundida y ahora lo veía trabajar como un experto. Si le quedaba alguna duda de la eficacia del selector debía descartarla.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó encendiendo un cigarrillo.

Tuvo que repetir la pregunta hasta tres veces para que John se volviese y replicase:

—Sólo estoy anticipándolo para mañana; aún faltan muchas piezas. Espero que a primera hora me las envíen.

—¿En qué estás ahora enfrascado?

—¿Es que no has leído las últimas noticias?

Rich tomó asiento frente a él y esperó. John dijo:

—El Explorer se ha detenido cerca de Marte. Aún trabajaban sus detectores y al parecer un navío desconocido se está acercando a él. Luego todas sus señales se interrumpieron hace unos minutos.

—Desconocía esos detalles. Sólo sabía que se aproximaba a la órbita de Marte —murmuró Rich.

John señaló un extraño aparato de radio.

—Lo construí hace un rato y estuve sintonizando la línea privada de Houston con la Casa Blanca. El presidente ha convocado urgentemente a sus consejeros después de hablar por el teléfono rojo con Moscú. La situación es más grave de lo que parece.

—¿Los trulls?

—¿Quiénes, si no? Han debido inmovilizar el Explorer para investigar en él y descubrir nuestro grado de tecnología antes de decidir invadirnos...

—¿Qué clase de invasión? ¿Conquista o destrucción de toda la Tierra?

—Eso intento descubrir a tiempo. Debemos comunicarnos con la Unidad de Sirinka y preguntarle qué estilo usan los trulls. Si lo sabemos con antelación eso habremos ganado.

—¿Cuándo vas a comunicarte con el Pentágono?

—Cuando tenga elementos suficientes que dejen a esos militares de los demonios atontados y me crean.

Rich miró el esqueleto que bajo las manos de John iba adquiriendo mayor tamaño. Lo señaló.

—¿Es esto…? —preguntó.

—Sí. Espero poder enviar una sonda tan rápida y potente que alcance la Unidad de Orfhiol.

—A estas horas estará muy lejos…

—Desde luego. Pero ellos, los orfhiolianos, usan algo parecido al sistema que estoy desarrollando. ¡Tiene que ser así! En caso contrario de ninguna manera podrían intercambiar mensajes cuando viajan a velocidad superior a la luz.

Rich asintió y golpeó cariñosamente la espalda de su amigo. ¿Qué quedaba ahora de aquel escritor? Veía a un extraño científico, improvisado e inesperado.

—Debes descansar. ¿Desde cuándo no comes?

En aquel momento entró Sharon llevando una bandeja llena de emparedados y botellas de cerveza.

—Hora de comer. Por hoy pasaremos con esto, pero de mañana no pasa que bajemos al restaurante —dijo con media sonrisa en los labios.

Su jefe la miró, otra vez lleno de asombro. ¡Qué chica! Era animosa y vivaz. Mientras ella repartía los emparedados, preguntó como sin interés:

—¿Ha encontrado una explicación para el suceso de las bases lunares, señor Percy?

Rich saltó y casi se le cayó de la mano la lata de cerveza.

—¿Qué sabe usted, Sharon?

—Se lo conté todo, Rich. Si va a trabajar con nosotros debe saber lo que estamos haciendo. Es mejor así, no vaya a pensar que somos agentes comunistas infiltrados que pretendemos volar el edificio de las Naciones Unidas —explicó John con toda tranquilidad, y dio el primer bocado a su emparedado.

Sharon sonrió a Rich.

—Estoy entusiasmada, señor Longer. Tanto, que no pienso cobrarle las horas extraordinarias que haga. Y no diré ni una palabra.

—Estoy seguro, encanto —susurró Rich—. ¿Te importa que te llame familiarmente?

—Al contrario... Rich —rió Sharon.

John parecía muy distraído pelando un huevo cocido.

—En cuanto a la interesante pregunta de Sharon... Bueno, sí que tengo mi teoría. Los trulls están pulsándonos, amigos. Ellos desviaron el cohete de exploración y tal vez lo estén ahora examinando. En cuanto a las bases de la Luna, pues sencillamente aplicaron allí lo mismo que hizo Sirinka al trasladarse aquí. Cubrieron el área lunar con una fuerza misteriosa que paralizó a sus habitantes. Con grandes medios, consiguieron trasladarlas de sus anclajes y luego se dedicaron a cambiar a los hombres. Esos trulls parecen tener un extraño sentido del humor. Ojala sigan así todavía algún tiempo. Mientras jueguen, no estaremos en peligro.

Sonó el timbre de la puerta y Sharon comentó que podían ser más envíos. Cuando ésta se marchó, Rich preguntó a su amigo, con ironía:

—¿De veras le contaste todo a Sharon?

—Bueno, no todo. Me reservé algo —respondió John poniéndose colorado.

—Sigues pensando en Sirinka, ¿no? —preguntó Rich volviendo a su seriedad.

En silencio, John asintió.

Longer se encogió de hombros. Pensó en Anne, allá en Florida con los chicos. ¿Cómo la recibiría John cuando todo concluyese y estuviera de vuelta en el hogar? Bueno, eso siendo optimista y confiando en que los trulls fracasasen en sus proyectos, lo cual veía muy difícil. Esos seres debían ser muy poderosos si poseían los medios para desplazar dos bases lunares de sitio y detener un cohete en dirección a los límites del Sistema Solar.

Se preguntó si realmente John quería contactar con Sirinka sólo por conocer más datos de los trulls o su ansia se reducía a escucharla de nuevo. Frunció el ceño, preocupado. ¿Acaso John pretendía encontrar el medio de largarse a Orfhiol con ella? Meneó la cabeza. Estaba dejándose llevar por hipótesis absurdas. Carraspeó y dijo:

—Bueno, creo que me iré a dormir a mi apartamento.

—Hemos preparado unas camas —dijo firmemente John—, No

saldremos de aquí, Rich. Sharon volverá pronto. Ella también quería quedarse en nuestro cuartel general, pero yo la disuadí.

—Es una chica formidable. He sido un estúpido al no darme cuenta antes. La veo ahora tan inteligente y vivaz, atractiva...

—Si.

—Una mujer que vale mucho... como Anne.

John levantó la cabeza con rapidez.

—He llamado a Anne hace un rato; está bien, con los chicos, bañándose y tomando el sol. ¡Y deja de recordarme a Anne, Rich! No quiero pensar en otra cosa que en mi trabajo.

—Está bien. ¿Necesitas algo?

—Sí —y John sacó el cubo de color esmeralda—. Tengo que usarlo otra vez. Hay lagunas en mis conocimientos.

—¿Dijiste que es peligroso abusar de él?

—Tú podrías aprender también —sonrió John—, No es mi intención acapararlo.

—Nada de eso —negó el otro con rapidez—. Ese chisme me da miedo. ¿Qué quieres que haga?

—Cuando lo tengo en el occipital no me doy cuenta del tiempo que transcurre. Te haré una señal con los ojos, un parpadeo, para que me lo quites. ¿De acuerdo?

—Sí. John...

—Dime.

—¿Te sientes diferente, superior a mí, a todos?

Percy soltó una carcajada.

—Nada de eso. Ocurre que cuando pienso en algo que necesito, la respuesta surge de golpe. La primera vez estuve demasiado tiempo y desde ahora las sesiones serán más cortas.

Y se insertó el dado. Quedó quieto y Richard se sentó frente a su amigo, sin perder de vista los ojos, esperando el parpadeo.

Sharon estaba asomada a la ventana y contemplaba el tráfico que discurría por la calle Este 34 y la Séptima Avenida. Al percibir que Rich se acercaba, dijo: —Está triste la calle, sin luces en los anuncios.

—El presidente ha ordenado que las grandes ciudades emitan la menor cantidad de luminosidad —contestó. Notó el perfume de la chica y se estremeció al sentirse rodeado por él—. Por el momento la gente ha aceptado la excusa de una operación táctica dispuesta

para el Servicio de Emergencia. De todas formas no creo que sea efectivo. Pero algo tienen que hacer los grandes cerebros del Pentágono mientras tratan de encontrar una explicación a lo sucedido en la Luna.

—¿Qué hace John?

—Sigue trabajando después de una nueva sesión en la Universidad de Orfhiol. Cree que mañana tendrá dispuesto lo que espera que sea un comunicador capaz de contactar con la Unidad. Sharor.

—¿Si, Rich?

—Estás cansada. Deberías irte a tu casa.

—De ninguna manera. Vivo muy lejos. Tardaría más de una hora en llegar y... me da cierto miedo mezclarme con toda esa gente que aún camina tranquila, sin imaginarme lo que está pasando. Me noto más segura aquí conti... entre vosotros.

Rich sonrió. Comprendió que ella iba a decir con él, pero notó en seguida que la chica se sonrojó y no deseó aclarar si había oído bien o todo fue imaginación suya.

—Son más de las doce. Debes dormir entonces. ¿No te espera nadie?

—No. Llegué a Nueva York desde un pueblecito de Albany y mi primer trabajo fue en tu oficina... hace cinco meses.

Rich comprendió la insinuación. Trató de sonreír. Encendió un cigarrillo y se lo entregó a Sharon. Ella, a la luz escasa que se filtraba desde la calle, parecía más bonita que nunca, como irreal. Sintió ganas de besarla. Iba a hacerlo cuando Sharon se movió y anduvo unos pasos.-Voy a dormir. Hasta mañana, Rich.

—Hasta mañana, Sharon.

Se quedó allí un rato, hasta acabar con otro cigarrillo. Se volvió y vio que la luz donde trabajaba John seguía encendida. Muy despacio se dirigió al cuarto donde había dos camas, una para él y la otra para John. Pasó ante la puerta cerrada donde dormía Sharon; quedose allí un instante y luego, sonriendo, entró en su improvisado dormitorio. Bostezó y se tumbó vestido.

Al momento estaba profundamente dormido.

CAPITULO VII

JOHN también hubiera deseado dormir, pero al filo de las dos de la madrugada se apartó de la máquina y la contempló con expresión crítica. Tenía que reconocer que no poseía una línea bella. Resultaba un extraño conglomerado de cubos, cables, tubos y esferas translúcidas, entre las que destacaba una de color sangre y mayor que las demás.

Luego echó un vistazo a los acumuladores que quedaron terminados a media tarde. Consultó el registro de la energía, y sonrió. El Gobierno llegó a decir que el debilitamiento de la red en algunas ciudades se debía a un hecho táctico, queriendo justificar lo que resultaba incomprensible para los técnicos, seguramente sin uñas a aquellas horas y reconociendo su derrota, incapaces de explicarse el fenómeno.

Iba a necesitar mucha energía para proyectar aquella máquina al espacio y confiaba resultase suficiente la que disponía.

Despacio, John se sentó ante el conjunto de globos y pulsó unos discos. Al instante varios elementos se encendieron y los acumuladores empezaron a zumbar rítmicamente.

Tras humedecerse los resecos labios, John empezó a decir con la mirada puesta en el globo de sangre:

—Soy John Percy y llamo a Sirinka de Orfhiol.

Hizo una pausa, repitió la frase y aumentó la potencia de la emisión. En cierto modo era un intento a ciegas, cuyo éxito se sumergía en la laguna de lo desconocido, profunda e insondable.

Decidió hacer la prueba cuando los demás descansaran, a solas. En realidad tenía un miedo enorme al fracaso. Rich tal vez le considerara un superhombre, pero él seguía sintiéndose pequeño e inseguro. Sólo cuando se detenía obligado por alguna duda, su

mente reaccionaba y la respuesta, imprecisa al principio, surgía en su mente, se definía más tarde y terminaba siendo algo concreto que le impulsaba al trabajo.

—Llamo a Sirinka, en la Unidad de Orfhiol. Soy John Percy, desde la Tierra.

El aviso del Regidor interrumpió el descanso de Sirinka. Apenas tuvo tiempo de ajustarse el cinturón. Fuera de su habitación la esperaba un recipiente de transporte que la condujo a través de las vías de comunicación de la nave, a toda velocidad.

La chica saltó del pequeño vehículo y anduvo por el reluciente piso en dirección al pozo, alrededor del cual varios hombres y mujeres la esperaban. El Regidor destacó su alta figura. Como única vestidura llevaba el adorno togal de su mando en el hombro derecho.

—¿Qué sucede, Regidor? —preguntó Sirinka, notando que las miradas de todos estaban puestas en ella.

—Algo extraño, Sirinka. Ven y míralo tú misma.

La tomó de una mano y la condujo ante el borde del pozo, la zona neutra de la Unidad, donde se recibían los mensajes procedentes de los mundos de Orfhiol. Allí el aire era ligero y vibraba constantemente. Los demás oficiales se apartaron respetuosamente.

Sirinka observó una sección, como un metro cúbico, donde se agitaba un torbellino de luces y colores.

—¿Qué es? —preguntó ella, admitiendo que no comprendía del todo. Podía pensar que se trataba de una llamada distorsionada a causa de algo inconcreto.

Una mujer alta y bella, de abultados senos, cabellos ensortijados y largos, se adelantó. Llevaba en la frente el disco de técnico en contactos intergalácticos. Con voz pausada, dijo:

—Lo percibí hace un momento y decidí avisar al Regidor. Es una llamada insistente, que en un principio sólo pude saber que procedía de la zona donde se ha efectuado un acercamiento, el que tú has hecho, Sirinka.

La muchacha la miró. Se llamaba Kringira y eran bien notables sus conocimientos respecto a la teoría de comunicación.

—¿Desde la Tierra?

—Sí —asintió Kringira—. Eso lo he corroborado mientras te

avisaban. La emisión es muy deficiente. Quien intenta comunicarse pretende enviarnos su imagen, pero no lo consigue.

—¿Por qué?

—Defectos de su aparato, algo rudimentario y poco perfeccionado. Pero de hecho es ya un logro interesante que nos haya alcanzado.

Sirinka se volvió para mirar, asustada, al Regidor.

—¿El terrestre John Percy ya ha construido un comunicador? ¡No es posible! Apenas han pasado dos o tres días desde que le vi.

Kringira dijo:

—Pues debe tratarse de él. Algunas veces se captan palabras sueltas. El computador las fue recogiendo y ha compuesto frases con coherencia. John Percy te llama, Sirinka.

—¿A mí?

—Así es —asintió el Regidor—. Al parecer lo hace con vehemencia, casi con dolor. Según Kringira, él se ha sometido al selector y en solitario construyó el comunicador, bastante simple por cierto. Su rostro apenas se ha formado un segundo de cada veinte. Mira ahora.

Sirinka volvió su atención a la columna de aire que surgía del pozo. En la sección usada por la extraña llamada dejaron de agitarse los colores y un rostro humano se configuró durante un par de segundos. Pese a lo breve de la secuencia, Sirinka estuvo segura que era John Percy.

—¿Podemos responderle?

—No. Ya te he dicho que su comunicador no está perfeccionado. No podría recibirnos —dijo Kringira—. De todas formas…

—¿Qué ibas a decir?

La mujer meneó la cabeza y retrocedió un paso.

El Regidor agarró a Sirinka por un hombro y la hizo volver. Mirándola a los ojos, dijo:

—Ese terrestre, John Percy, se ha sometido al selector por períodos demasiado largos. Entre sus palabras hemos apreciado que en la Tierra, al menos él, se tienen noticias de que los trulls están más cerca de lo que habíamos supuesto. Ya han hecho algunas trastadas en el satélite.

—No entiendo…

—No ha comunicado a los líderes terrestres que posee el

selector. Lo está usando para adquirir rápidamente conocimientos, lo que puede llevarle a un desenlace fatal.

—Lo sé... ¡Yo se lo advertí!

—Te creo, Sirinka. La cuestión es que está decidido a seguir solo la lucha que ha emprendido. Mientras sus demás compatriotas aún desconocen con certeza el peligro que se cierne sobre el planeta, él ya sabe que los trulls están a punto de desencadenar la ofensiva... y nos pide ayuda. Quiere saber de qué forma serán atacados por esos díscolos seres.

—Es todo tan extraño... Regidor, de todas formas ningún ser a quien hemos confiado el poder del selector, en ningún planeta de cuantos hemos visitado, ha conseguido tanto en tan poco tiempo.

—Es cierto. ¿Qué quieres decir?

—Ha resistido sesiones largas con el selector y aún vive. Debe ser un hombre extraordinario. Se eligió bien.

—¿Tal vez todos los terrestres sean así? —preguntó sonriendo el Regidor—, Lástima que no hayamos permanecido más tiempo observándolos.

—Nos defraudó que formaran una civilización tan extraña, con guerras y odios; pero entre ellos, como lo demuestra John Percy, deben haber personas de gran capacidad mental, que lamentablemente no están desarrolladas.

El Regidor asintió.

—Voy comprendiéndote, Sirinka. Una raza así no debería padecer las consecuencias del misterioso comportamiento de los trulls.

Sirinka se volvió para mirar hacia la emisión del pozo. El segmento estaba difuminándose y Kringira dijo:

—Se está perdiendo la emisión. Debe ser problema de energía.

—¡Energía! —exclamó Sirinka—. John no sólo ha construido un comunicador, sino que antes debió acumular suficiente energía para lograr una emisión capaz de alcanzarnos. Regidor, lo que ha hecho ese terrestre es fabuloso. ¡Y su mente no ha estallado! No podemos permitir que sean avasallados por los trulls...

—Pienso como tú, Sirinka, pero estamos demasiado lejos ya. Volvemos a nuestro hogar, a disfrutar de nuestro bien merecido descanso —la miró preocupado—. Y tú, más que nadie, deberías estar ansiosa por hallar la paz de tu cuerpo, algo perturbada desde

que tuviste el contacto carnal y atávico con John Percy. Con gesto imperturbable, uno de los ayudantes del Regidor sentenció:

—Los trulls son seres odiosos, pero los terrestres no deben levantar tanta simpatía entre nosotros para alterar el programa de exploración. No puede prolongarse un periplo a punto de concluir.

Sirinka le miró con resentimiento, pero el Regidor se acariciaba la barbilla, pensativo.

—Creo que deberíamos reconsiderar la decisión. Aunque nos llevara algún tiempo decelerar y volver sobre la ruta, tal vez podríamos estimar como interesante la experiencia. ¡Una raza humana, en los umbrales de la civilización mísera en su conjunto, pero grande gracias a sus individualidades! ¿Por qué no pensarlo? Contempló a Sirinka y ésta empezó a sonreír.

John sólo dejó de hablar a la esfera de sangre cuando el indicador de los acumuladores le advirtió que no quedaba energía suficiente para seguir intentando nuevas llamadas. De todas formas lo dejó encendido y conectó un registro. Si se recibía la respuesta podía ser captada.

Arrastrando los pies fue hasta el dormitorio. Cayó de bruces en la cama y por el rabillo del ojo vio que su amigo Rich dormía profundamente.

Le despertó olor a café y tostadas. En el salón, entre pirámides de cajas, Sharon había conseguido un reducto para montar una especie de cocina de campaña. John se sentó en la cama y miró la otra, vacía. Escuchó la risa de Rich y le supuso con su secretaria.

En la pequeña ducha terminó de despejarse. Un rasurado rápido y ropas limpias le hicieron sentirse como nuevo. No llevaba reloj de pulsera y preguntó a Rich qué hora era.

—Las diez y veinte —le respondió Rich, que apenas entró él se apartó de la sofocada Sharon—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, bastante bien, dadas las circunstancias. ¿Has escuchado las noticias de nuestra línea privada?

—Sí. Hemos estado a punto de enzarzarnos en una guerra mundial, pero al final ha cundido la serenidad y los dos grandes hombres se han puesto de acuerdo por el momento y las bases lunares están siendo evacuadas.

—¿Por qué? —preguntó John, casi atragantándose con el café.

—Todo enloqueció allá arriba. Problemas con el aire, el sistema

de reciclaje falló y el agua se terminó convirtiéndose en vino, como en las bodas de Canaán.

—Estás loco.

—¿No me crees? Pues así fue, más o menos. El caso es que varios cohetes están trasladando a todo el personal ruso americano desde la Luna, urgentemente.

—¿Y las bases?

—Desiertas en sus nuevos emplazamientos, de los cuales, por el momento, no se han movido —Rich entornó los ojos—, John, he echado un vistazo en tu laboratorio, a todos esos aparatos que ayer montaste, y pienso que anoche te fuiste a la cama muy tarde. ¿Qué hiciste?

—Traté de llamar a la Unidad de Orfhiol. Según mis cálculos aún está muy lejos de sus mundos —movió la cabeza—. No sé si lo conseguí. En mi comunicador faltaban algunos elementos que aún no he recibido de las fábricas; pero estaba tan impaciente que no pude esperar.

Caminó hasta la ventana. El tráfico bullía en las calles y una ligera niebla se desplegaba del Parque Central. De espaldas a sus amigos, dijo:

—He tenido pesadillas esta noche —John sonrió con amargura —. Sí, pesadillas porque estaban llenas de funestos presagios. Quizá me dormí pensando en los trulls, en su sistema de invasión. ¿Cómo atacarán?

Se volvió y miró la habitación, su gabinete de trabajo.

—Creo que ya lo sé —añadió—. Ellos poseen grandes poderes, sin duda. ¿Sabéis que he llegado a la conclusión que alguna vez los trulls recibieron la ayuda de Orfhiol?

—¿Te lo dijo Sirinka?

—No, son teorías mías. Las Unidades de Orfhiol sólo han ayudado a planetas con nativos humanos, como ellos. Quizá alguna vez ofrecieron su colaboración a humanoides y el experimento les falló. Por lo tanto, si los trulls adquirieron parte de los conocimientos de Orfhiol, ¿de qué manera les sería más fácil conquistar un planeta como la Tierra?

Y quedose mirando a Rich y Sharon, con una ceja enarcada y un ligero aire de suficiencia.

Richard se encogió de hombros. En cambio, Sharon soltó un

gritito y dijo:

—En la Luna hicieron una prueba con las bases.

—¡Exacto! —rió John—. Lanzaron un foco temporal sobre ellas, descendieron y se movieron como relámpagos entre los inmovilizados habitantes rusos y americanos, cambiándolos de sitio.

—¿Y cómo desplazaron esas bases?

—Ah, eso aún está por descubrir. Quizá las elevaron y detuvieron a pocos metros de la superficie, con algún rayo que anula la gravedad o algo parecido. Sólo tuvieron que esperar unos minutos para que la rotación lunar completara el desplazamiento, dejándolas caer con suavidad.

—¿Un acto de fuerza demostrativa? —murmuró Rich. De repente había perdido el apetito y el café se le enfriaba con rapidez —. ¿Para lanzar un ultimátum a la Tierra?

—Nada de eso. Ellos no harán ninguna advertencia.

Todo ha sido un experimento. Pronto será a gran escala.

Rich y Sharon se miraron, primero con incredulidad y luego llenos de miedo.

—¿Sugieres que inmovilizarán toda la Tierra?

—No es ésa la definición. Los trulls no deben ser tan poderosos como los de Orfhiol, no deben dominar plenamente el medio de moverse en un plano temporal distinto y tener en sus manos un planeta entero, como lo hizo la Unidad tan fácilmente.

—En ese caso estamos perdidos, John —dijo tembloroso Rich—. ¡Puede estar sucediendo en este mismo instante!

Percy asintió sin vigor.

—Exacto. Los trulls pueden estar descendiendo en la Tierra, moviéndose tranquilamente dentro de una fracción de segundo, viéndonos detenidos a nosotros, a todo lo que existe en la Tierra. Quizá dentro del siguiente instante todo esté cambiado, aniquilado, los hombres muertos, saqueado el planeta de materias primas, etc.

Sharon cruzó los brazos y miró con aprensión alrededor.

—Eso es... horrible.

—No te inquietes —sonrió John—. No creo que suceda tan pronto. Se tomarán algún tiempo. Quizá su intervención en la Luna tenga una motivación importante. Ellos necesitarán un lugar desde el que operar. Primero robaron el cohete Explorer y luego probaron con las bases del satélite, quizá pensando que el personal sería

evacuado y se encontrarían con excelentes instalaciones a su disposición.

—John, es el momento de avisar al Gobierno —dijo Rich con firmeza.

—De ninguna manera. ¿De qué serviría? ¿Qué se puede hacer contra unos seres invisibles?

—Entonces, ¿estamos a su merced?

John se sintió como el protagonista de una de sus muchas novelas, mas bien el viejo y clásico profesor que debía hallar la solución en el último momento para salvar a la humanidad de los monstruos del espacio. Era situación conocida, muy trillada y para la cual siempre encontraba un escape, una solución más o menos original.

Empezó a pasear por la habitación, sumido en sus pensamientos. Sus amigos le siguieron con la mirada, llenos de ansiedad.

De pronto, John se detuvo, apoyó la espalda en la pared y buscó un cigarrillo. Rich, nervioso e impaciente, corrió a darle uno, que encendió con su mechero. Con la mirada le apremió a que hablase.

—Por el amor de Dios, John, dinos de una vez qué se te ha ocurrido —gimió Rich.

—Tendríamos que combatir a los trulls en su ambiente —empezó a decir John. Se le iluminaron los ojos y con más entusiasmo siguió—: Sólo entonces podríamos decir la verdad a los gobernantes, cuando yo sepa cómo introducir un ejército en el plano temporal que los trulls utilizarán.

—¿Pretendes construir una máquina igual a la que usó Sirinka para visitarte?

—Eso es. Primero haré una experimental.

Rich palideció.

—John, sería funesto para ti usar otra vez el cubo…

El escritor rió nerviosamente.

—Hasta el momento lo he resistido bastante bien. Vamos, ayúdame; no debemos perder más tiempo.

Sonó el teléfono en aquel momento y la chica tomó el auricular, quien, tras unos monosílabos, se volvió y miró a John.

—Es tu esposa —dijo guturalmente—. Está preocupada.

Nervioso, John balbució unas palabras. Pidió a Sharon que dijera a Anne que él estaba bien y trabajaba en un proyecto

editorial con Rich, y que por fin éste había visto negocio en la publicación de libros de ciencia-ficción. Sin más, dio media vuelta y se metió en la habitación.

Sharon, tras una rápida conversación, colgó y dijo a Rich:

—Anne va a tomar un avión dentro de veinte minutos. Dejará los niños con una prima suya.

—Es una mujer estupenda —murmuró Longer bajando la mirada —. Quiere mucho a John y tal vez no se quedó tranquila después de la única vez que él la llamó.

—¿Se lo digo?

—No. Por el momento, no. Ella no sabe dónde estamos; sólo conoce el número de teléfono y tardará algún tiempo en localizarnos.

Sharon jugueteó con los botones del teléfono.

—Me pregunto si toda el ansia de John por llevar las cosas a su manera es por querer ayudar a la Tierra o porque piensa que sólo así dispone de alguna posibilidad ele volver a ver a Sirinka.

—Has puesto el dedo en la llaga, preciosa —gruñó Rich—. Aunque John diga lo contrario, yo creo que él se distancia de nosotros cada vez que se somete a una sesión del selector. Nos ve como a seres salvajes —apretó los labios—. Quisiera que Anne no llegara pronto. ¿Qué sentiría John ante ella?

—Tal vez se presente antes la otra...

—¿Sirinka? No sabemos si el intento de John de contactar con la Unidad tuvo éxito, y aunque así fuera dudo que el jefe, el Regidor, consienta en regresar. Para ellos nada más somos un montón de atrasados humanos que padecerán una invasión.

De pronto, un grito surgió desde la habitación donde estaba John, y a continuación la nerviosa voz de éste:

—¡Venid pronto! ¡La grabadora contiene una respuesta desde la Unidad de Orfhiol!

CAPITULO VIII

DOS días después de haber escuchado el mensaje registrado por la grabadora, los acontecimientos se sucedieron, unos detrás de otros, vertiginosamente.

En sí, lo que pudieron oír fueron varias frases poco nítidas. La voz profunda no pudo ser identificada como de hombre o mujer, tal era el cúmulo de parásitos que la golpeaban. Sólo entendieron que los avisos de John fueron recibidos en la Unidad cíe Orfhiol de manera muy precaria y el Regidor había tomado una decisión. Al llegar a tal punto, el mensaje se difuminaba y se quedaron sin saber si la nave ponía rumbo a la Tierra o proseguía el traje hacia su destino.

Pero John aseguró que los hombres de Orfhiol volvían a la Tierra, aunque no se atrevió a pronosticar cuándo estarían en el Sistema Solar. Se quedó luego un poco triste, tal vez porque la voz no era de Sirinka, y había estado esperando una alusión personal de ella.

Ante la gravedad de la situación y a la vista de los indicios cada vez más palpables de que los trulls ya estaban en la Luna, seguramente ocupando las bases desalojadas, John reanudó su trabajo con todo ardor y para apresurarlo requirió la ayuda de sus amigos.

Afortunadamente los pedidos llegaron puntualmente aquella misma mañana y no había ninguna preocupación de que faltara material. Rich, en cambio, estaba asustado ante el montante de las facturas, que en la mesa de Sharon llenaban una carpeta impresionante.

—No te preocupes —le dijo John—. Si salimos adelante nos sobrará dinero para pagarlas. En caso contrario, lo que significaría

que los trulls se han salido con la suya, nadie se presentará aquí con intención de cobrarlas.

Esas palabras liberaron a Rich de una preocupación, desde luego, pero siguió atormentándole la idea de que Anne se presentara allí en cualquier momento y se encontrase con su marido metido en un trabajo inusual para él y con la mente puesta en la mujer del espacio.

Anne debía estar ya en Nueva York, buscándolos inútilmente. Sharon había logrado que la compañía telefónica les cambiara el número el mismo día que Anne anunció su viaje a la ciudad. De todas formas, la mujer de John no podría tardar más de dos o tres días en averiguar el actual paradero de su marido. Se apenó al pensar que debía estar pasándolo mal, asustada incluso, y ojala no hubiese acudido a la policía.

John apenas se tomaba una pausa para engullir un bocadillo, y que Sharon tenía que insistir en que se lo comiera. No dormía desde hacía dos días y tenía muy mal aspecto, sin afeitar ni lavar. Sólo quería trabajar en sus máquinas, sobre todo en una mayor, que ocupaba ya una buena parte de la habitación. Cuando Rich le preguntó si también iba a necesitar una gran cantidad de energía para hacerla funcionar, preocupado porque su amigo dejase la ciudad a oscuras, John le aseguró que no sería así porque antes había terminado un captador del potencial cósmico, que una vez tratado lo convertiría en una fuente inagotable de energía.

Esta noticia le reconfortó. Si al final de la aventura conseguían que el peligro de los trulls quedase zanjado, tenían en sus manos los medios para ganar una fortuna con semejantes inventos de John, sobre todo aquel captador cósmico, que podía ser providencial en un mundo azotado por la escasez energética.

La tarde del miércoles, cinco días después de que John recibiera la visita de Sirinka, Rich dormitaba en una silla. Sharon en cambio lo hacía profundamente, vencida por el agotamiento, en el cuarto de al lado.

Entonces sonó el timbre.

Richard abrió los ojos como platos y de su cuerpo desapareció cualquier rastro de cansancio. No esperaba ninguna remesa del sofisticado material que exigía John.

Un temor le embargó y muy despacio consiguió alzarse sobre la

silla. Como un drogado caminó hasta la puerta. En el corto pasillo se volvió y miró hacia la sala donde John seguía trabajando. Poco antes le había dicho que estaba a punto de poner en funcionamiento el emisor de radiaciones que les sustraería a ellos, los que estuviesen en el apartamento, del efecto que la Tierra sufriría cuando los trulls decidiesen que había llegado el momento de actuar dentro de un lapso temporal.

Volvió a sonar el timbre, ahora con más insistencia.

Mirando la puerta cerrada, Rich titubeó. Intuía que quien estaba al otro lado no podía ser otra persona que Anne Percy, con su rostro bonito, que lo recordaba siempre risueño, pero sin duda ahora hosco y desfigurado a causa de un profundo fruncido de cejas.

A sus espaldas escuchó un zumbido. Torció el gesto. ¿Debía decirle a John que llamaban? Calculó si sería creído por Anne diciendo que él estaba solo allí, que el paradero de su marido le era desconocido. No, aquello no serviría. Anne le apartaría a un lado y entraría hecha un basilisco capaz de convertirlo en piedra.

El timbre no volvió a sonar y deseó que quien fuera no estuviese ya allí, sobre todo si había sido Anne.

De todas formas quiso asegurarse, y se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón.

Se quedó quieto, casi a punto de lanzar un grito.

Anne estaba frente a él, con la mano cerca del timbre.

Como una estatua.

Anne, la dulce Anne, le miraba con sus ojos azules. Pero al moverse unas pulgadas, la atención de la mujer no le siguió. Ella seguía mirando al frente.

De espaldas, Rich retrocedió, sin dejar de vigilarla, como temiendo que en cualquier momento la mujer reanudase el movimiento de apretar el botón.

Estaba casi en la habitación, al otro lado del pasillo, y gritó con toda las fuerzas de sus pulmones, llamando a John Percy.

—¿Fue ese zumbido que escuché? —preguntó Rich con voz gutural.

John asintió sin dejar de contemplar a su esposa.

—Había terminado y decidí hacer una prueba antes de avisaros. Tenía miedo a un fracaso. El rayo anulador, el que nos ha sumergido en un lapso temporal, era reducido, apenas unos diez

metros de diámetro. Por una docena de pulgadas no entró Anne. Estaba a punto de anularlo cuando tú gritaste.

—¿Entonces todo está detenido?

John se volvió muy despacio para mirar a Rich a los ojos. Luego se volvió hacia Sharon, que un poco apartada de ellos lo veía todo con un terror infinito en su rostro. A ambos dijo:

—No me habéis entendido o no he sabido explicarme. Todo el universo sigue moviéndose. Somos nosotros los que estamos aparte de él, en una dimensión donde nos movemos a velocidad muy superior a la luz. Mirad a Anne. Seguramente dentro de unas horas, según nuestro criterio, ella logre acercar su dedo una décima de milímetro hacia el botón del timbre. Al cabo de unos días estará pulsándolo y esperará durante un mes, sin impacientarse, a que la puerta le sea abierta.

—Pero la puerta está abierta ahora —sugirió Sharon.

—Ella la ve cerrada, porque a su mente sólo llega lo último que captó, debido a la enorme lentitud de sus sensaciones.

—Creo que terminaré entendiéndolo —suspiró Sharon.

—No lo dudéis. ¿Por qué ha venido Anne?

Sharon y Rich se miraron y este último dijo:

—No quisimos decírtelo para evitarte preocupación, pero llamó anunciando su visita —explicó Rich.

Añadió otros detalles, como el cambio de teléfono y que confiaba en la posibilidad de que Anne no se presentara tan pronto.

—¿Apenas desactives nuestra situación en la dimensión rápida dejarás que ella te vea? —preguntó Rich.

—Venid —dijo John por toda respuesta.

Fueron a la habitación y allí les sobrecogieron las nuevas máquinas, una de las cuales emitía un zumbido apagado. De otra surgía una serie de murmullos entrecortados. Ante la expresión de asombro de Rich, John explicó:

—Son conversaciones trulls. Ellos están en la Luna y hablando, ¿entendéis? No puedo saber lo que dicen, pero sus sonidos son emitidos en nuestra actual frecuencia temporal.

—Eso quiere decir que... —empezó a tartamudear Longer.

—Lo que estás pensando. Quizá poco antes de que yo activara el rayo, ellos decidieron hacerlo y rodearse de las radiaciones adecuadas para moverse en un universo que les aparecerá inmóvil.

—Como a nosotros… —susurró Sharon.

—Exacto. Por desgracia, los trulls disponen de medios extraordinarios de detección y en estos momentos deben saber que en la Tierra hay seres que se mueven a su misma velocidad.

—¿Nosotros?

—Sin duda. Repito que no entiendo su lengua, pero les noto excitados… y algo asustados.

Richard se asomó a la ventana tras apartar la persiana. Deglutió, impresionado ante el sobrecogedor espectáculo. Una ciudad como Nueva York, paralizada, ofrecía un conjunto inaudito.

Al levantar la mirada se fijó que las banderas de los edificios gemelos de la World Trade Center y otras parecían de acero, detenidas en su constante flamear; las nubes no se movían, y un pajarillo estaba detenido a unos pocos metros de la ventana, suspendido en el aire, con las alas desplegadas y el pico entreabierto.

Pálido, Rich se apartó y preguntó:

—John, si todo está quieto, ¿por qué nosotros respiramos?

—Nos rodea un halo que se mueve con nosotros y todo el aire deja de ser un elemento estático a nuestro alrededor. —Se apresuró al mirar la expresión de Rich que se dirigió a la puerta, donde seguía Anne como increíble estatua de carne—. Sólo influimos en el elemento gaseoso. No creas que vamos a poseer un toque mágico que pueda despertar a cuantas personas rocemos.

Rich miró hacia la calle. Estaban en un decimoquinto piso. Compungido, preguntó:

—Lamento que los ascensores no funcionen.

—Claro que no funcionan. ¿Por qué lo dices?

—Estoy ansioso por dar un paseo.

John se rascó la cabeza, sonrió y tomó su chaqueta.

—De acuerdo. Lo peor será cuando queramos volver. Subir quince pisos no será lo mismo que bajarlos. Pero no me resisto a la tentación de echar un vistazo y sacar la lengua a un guardia de tráfico.

Rich no tuvo más remedio que sonreír, un tanto abrumado por el súbito sentido de humor de su amigo. No sabía que iba a romper aquel mágico instante con la siguiente pregunta:

—¿Cuándo atacarán los trulls?

La expresión de John Percy cambió. Dejó de ser el risueño escritor de cuentos fantásticos y se convirtió en el ser que cada vez parecía más extraño a sus amigos.

Entre sus dedos apareció el cubo de color esmeralda.

—Rich, debo saber qué están hablando esos seres, allá en la Luna. Debemos conocer sus proyectos. La Unidad puede tardar y nosotros hemos precipitado, en cierto modo, la hora de la invasión.

—Por Dios, John, deja ese chisme —pidió Rich—. Has abusado demasiado del selector.

Como respuesta, John aumentó el volumen de las voces trulls.

—Escúchalos —pidió Percy—, Están decidiendo nuestro futuro. ¿Cómo voy a permanecer cruzado de brazos? Olvidemos el espectáculo de un mundo inmóvil. —Se llevó las manos al cogote y añadió—: Cuando te lo indique con un parpadeo, me lo quitas.

Y Richard asintió, pensando que cuando tuviese en su poder aquel maldito cubo no volvería a entregárselo a su amigo.

—Vamos, adelante —dijo, después de mirar de soslayo la quieta postura de Anne en la entrada del apartamento.

CAPITULO IX

SEGÚN sus relojes de pulsera, sujetos como ellos al mismo plano temporal, habían pasado ocho horas cuando bajaron a la calle. Rich se detuvo un momento ante la paralizada Anne y pretendió descubrir en ella algún cambio de postura. Estuvo a punto de sugerir que debían llevarla adentro y tumbarla al menos en la cama. En seguida comprendió que era una tontería lo que pensaba y siguió a los demás escaleras abajo.

Dos pisos antes de llegar al zaguán recordó que John pasó al lado de su mujer y apenas le dirigió una mirada de reojo.

—Es como si nos metiéramos en una fotografía —susurró Sharon mientras caminaba sorteando las inmóviles personas del vestíbulo. Con una sonrisa traviesa arrebató el periódico a un hombre que lo leía muy interesado—. ¿Qué pensará al ver que ha desaparecido?

—Deja eso —le pidió Rich—. Este infeliz correrá a su siquiatra tan pronto como pueda.

. Llegaron a la calle y Sharon leyó en voz alta una noticia que encabezaba la primera página del periódico.

—Cuando esto quedó quieto ya se conocía que en la Luna existían movimientos extraños cerca de las bases recientemente abandonadas.

—Y eso fue hace un montón de nuestras horas —replicó John. Iba delante y cruzó la calle cubierta de inmóviles automóviles—. En cualquier momento pueden empezar a descender.

John, al igual que Rich, llevaba una bolsa de plástico con varias docenas de cinturones delgados y metálicos. Tras la última sesión con el selector, el escritor comprendió que ellos también iban a necesitarlos. Su emisor de radiaciones sólo cubría unas yardas cuadradas del apartamento, y fuera de allí quedarían dentro del

curso de tiempo normal y, por lo tanto, inmóviles para los trulls y acompasados sus propios movimientos con el del universo real.

Tras una hora de sesión, John comprendió que Sirinka envió primero un rayo a su gabinete y luego ella se trasladó a la Tierra, protegida por el cinturón que era su única vestidura. Ahora cada uno de ellos tenía uno igual y John confiaba en disponer de ayuda con los que había podido fabricar urgentemente.

Según sus cálculos, los trulls no eran tan numerosos como pensó en un principio. Cuando aprendió su idioma, aunque toscamente, captó que eran pocos los seres procedentes de Betelgeuse que pretendían saquear la Tierra. Pero, moviéndose en una Tierra paralizada, podrían ocasionar irreparables daños, incluso destruirla.

En la Quinta Avenida encontraron mucha gente, por supuesto inmóvil como todo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sharon.

Se acercaron. Cruzaron ante un banco y Rich se sonrió al pensar que no había meditado aún en la posibilidad de saquear alguno. En seguida se estremeció. Palpándose el cinturón, apartó las manos de él, como si le quemara. Si aquella invención caía en manos de desaprensivos... No era aquél el momento para especulaciones. Corrió detrás de John y Sharon, que ya estaban cerca de la comitiva que había estado cruzando la Quinta Avenida a la altura del Parque Central.

Debía tratarse de algún político o jefe de estado europeo en visita a Nueva York. En un gran coche negro, seguramente blindado, iba el alcalde y un hombre alto, joven y sonriente. ¿Un monarca? Rich no se preocupaba por tales circunstancias y no se interesó por la regia visita, aunque aquel rostro le resultó conocido, seguramente por haberlo visto en algún programa de televisión.

El coche estaba rodeado por un escuadrón de policías motorizados, armados con pistolas y metralletas terciadas a la espalda, expertos tiradores. Eran unos treinta.

—Nosotros disponemos de veinte cinturones —dijo John—. Estos son los que necesitamos.

—Un momento —pidió Rich, palideciendo—. Estos tipos son algo nerviosos y saben que custodian a un monarca europeo, contra el cual alguien pueda atentar. Si de pronto lo ven todo quieto querrán liarse a tiros con lo único que se mueva: nosotros.

John pasó ante la gente que desde la acera se había vuelto llena de curiosidad. Llegó hasta el oficial que abría la comitiva y lo estudió. Sonriendo, dijo a sus amigos:

—Este tipo no parece tener cara de bruto, para ser un policía neoyorquino. Lo desarmaremos primero y luego le ajustaremos el cinturón.

Se trataba de un hombre grande, con cara de piedra que miraba al frente detrás de sus gafas oscuras, con expresión desconfiada. John le arrebató el revólver y luego, con cierto trabajo, el fusil ametrallador. Se apartó, admirado ante el increíble equilibrio de la moto. Dijo a Rich:

—Ponle el cinturón. Yo le hablaré.

Tras un resoplido, Richard lo hizo y se apartó rápidamente del sargento motorista, quien de inmediato parpadeó. La moto también entró en el campo temporal de su ocupante y cayó a un lado pesadamente, apenas teniendo ocasión el policía de saltar.

—Hola, oficial —sonrió John, cargado con las armas—, Le ruego que se lo tome con calma y me escuche.

El policía se levantó de un salto y lo miró todo con ojos desorbitados. De un manotazo se quitó el casco y un mechón de cabellos rojos pareció estallar en su cabeza. Inmediatamente, muy despacio, levantó las manos al cielo.

Sharon y Rich se acercaron más confiados y John empezó a explicarle todo al pobre sargento.

John Percy llevaba paseando un rato por la explanada, pisando la erecta hierba que sus zapatos quebraban. Cerca estaban las pistas de tenis y a sus espaldas el lago Reservoir. Se detuvo y giró sobre sus talones. Sí, aquél era el lugar más adecuado, pensó.

Cerca no había ninguna estatua humana. A lo lejos, un carruaje tirado por un caballo que aún mantenía dos de las patas levantadas, pero sin cochero. Despejar el terreno les había supuesto un gran esfuerzo, pero con la ayuda de los nuevos aliados todo fue más rápido de lo pensado en un principio.

Pasó junto a unos matorrales, cuyas hojas pendían de un lado, empujadas por la brisa ahora quieta. El hecho más asombroso para John seguía siendo la inmovilidad de las aves y las mariposas, suspendidas por invisibles hilos que parecían acabar en el cielo.

Se alejó de aquella zona y regresó cerca del lago. Empezó a ver

gente inmóvil. Dos o tres barrenderos, un vendedor de helados, varios hombres sentados en un banco y otros tantos tumbados en el césped, todos muy diseminados. Más allá, una chica seguía sentada junto a un árbol. Sobre sus rodillas llevaba un envoltorio de brillante papel, quizá de alguna tienda cara de la avenida.

Siguió caminando, sin apenas detenerse. Y mientras lo hacia su mente bullía y a veces contraía las facciones debido al intermitente dolor de cabeza que le atormentaba desde hacía unas horas, exactamente desde que concluyó su última sesión con el selector, al cual no había vuelto a ver y presentía que Richard escondía.

De pronto una sombra cayó sobre él e inmediatamente levantó la mirada al cielo. Trató de mantener la serenidad y no salir corriendo de allí. El objeto era grande, de más de cien yardas de diámetro, oscuro y lleno de ramificaciones irregulares. Bajaba lentamente, casi sobre él. Se apartó unos pasos y luego se detuvo, al comprobar que la nave trull se alejaba de su vertical y elegía el prado vacío, a bastante distancia de los humanos inmóviles.

John contempló la máquina alienígena. Por un momento pensó que podía tratarse de la Unidad de Orfhiol, pero en seguida se dijo que algo tan feo no podía proceder del mundo de Sirinka. Efectivamente, la nave poseía una estructura irregular y una altura de unas treinta yardas en el centro, una bóveda maciza que cubría el disco como una doble cruz.

Terminó la nave posándose en el césped y parte de la hierba se incendió, quedando rodeada por una extensa área calcinada toda la estructura de metal oscuro, sin el menor atisbo de brillo.

John empezó a caminar hacia ella con pasos mesurados, trazando una quebrada línea en dirección a la parte que estimaba como correspondiente a la puerta o esclusa.

Cuando llegó a un tiro de piedra, se detuvo, pero no dejó de moverse.

La esclusa situada en la terminación del brazo más próximo a él, comenzó a abrirse. Fueron movimientos parsimoniosos y circulares, como si estuviera siendo desatornillada. Incluso se oyó un chirrido.

El segmento oval dejó lugar a un hueco negro, que como un ominoso ojo miró a John largo rato.

Con las piernas separadas y las manos en los bolsillos, exagerando su indiferencia, John vio que los trulls empezaban a

salir.

Los miró.

Y casi soltó una risotada.

Fue como si los comparsas de un circo hicieran su aparición.

Los trulls eran seres estrambóticos, ninguno igual a otro. Bajos, altos, gruesos y delgados como alfileres; con cabezas grandes, pequeñas, alargadas y anchas; sus orejas, enormes o diminutas, achatadas o puntiagudas. Y tampoco el color de la piel, rugosa y basta, era uniforme. Iba desde un blanco cremoso hasta un marrón negrísimo.

En total bajaron de la nave como unos cincuenta, formando una densa piña cerca de la esclusa. Sí, John se hubiera reído con ganas en aquel momento de no haber intuido que los relucientes bastones de metal, que todos llevaban, debían ser armas.

Y desde la abierta esclusa asomaron más cabezas que atisbaron el parque y, sobre todo, a John.

El terrestre dio hacia delante un par de pasos y abrió los brazos, separándolos del cuerpo un poco. Quería demostrar que no estaba armado y su intención era la de parlamentar.

—Os hubiera saludado si vuestra llegada a la Tierra estuviera llena de deseos de paz, seres trulls de Betelgeuse. Yo, John Percy, en nombre de la Tierra, sólo puedo deciros que hasta este momento nuestra paciencia ha sido enorme y no estamos dispuestos a permitiros más desafueros.

Naturalmente habló en lengua trull, lo que significaba que acababa de emitir una serie de ronquidos y gruñidos que le dejó dolorida la garganta.

Entre los trulls se produjo un movimiento como de reflujo de marea en un atardecer sombrío. Su retroceso se detuvo junto a la estructura de su nave y las cabezas de la esclusa se esfumaron.

De entre la masa surgió el ser más pequeño, casi un enano, que caminó vacilante con sus piernas pequeñas hacia John. Su vara, en cambio, era la más larga de todas y la esgrimió hostilmente.

—Este es el mundo que llamáis Tierra y que nosotros, los seres de Trull, reclamamos como nuestro. Tú, terrestre John Percy, deberías darte cuenta que estáis en nuestras manos, porque eres el único que puede vemos.

John sonrió. Ya había visto que todos los trulls poseían un

aparatoso cinturón, enorme, que, como faja cuajada de formas metálicas, sujetaba sus grandes barrigas, delgadas o llenas de bultos. En cambio él tenía oculto el suyo debajo de la cazadora. Un mismo origen pero aplicado desde conceptos distintos, desde estilos diferentes.

Tenía enfrente a una raza que mediante la entrega del selector por los orfhiolianos, había salido de la más completa ignorancia a saquear los mundos de la galaxia. ¿Por qué cometieron el error los humanos de Orfhiol entregando la llave de los conocimientos a semejantes seres, ridículos y de bestial aspecto? Si se trató de un experimento que nunca más volvieron a repetir, seguramente también se habían olvidado los compatriotas de Sirinka del mal causado en la galaxia. Pudo haber sido una Unidad distinta quien lo hizo, hacía ya tanto tiempo que se había olvidado el hecho.

Aquel enano, como jefe de una troupe circense, agitó su bastón y gritó en su chirriante idioma:-Tus compatriotas huyeron asustados por lo que les hicimos en vuestro satélite. Tú deberías hacer lo mismo y esconderte en el agujero más profundo para eludir mi furia por atreverte a plantarme tu fea cara.

—Oh, repulsivo ser —exclamó con grandilocuencia el escritor—, ¿es que tu cerebro de animal no se da cuenta que pretendo ser magnánimo contigo y con tus bestias, que te siguen como si fueras un pastor loco que las conduce a un abismo? Tus burdos conocimientos, recibidos de unos seres sabios procedentes del confín de la galaxia, no nos impresionan. A nosotros nos trae sin cuidado que permanezcáis en distinto plano temporal, y no pienses que es ignorada vuestra presencia, porque, cuando mis hermanos lo deseen, ellos pueden acoplarse a vuestra velocidad con sólo desearlo, sin necesidad de esos artilugios abdominales.

El jefe trull empezó a dar saltos y John no supo a qué atenerse, si creer que reía el enano o, por el contrario, le hervía la sangre en las venas, en el supuesto que tuviera ambas cosas.

Si los orfhiolianos habían cometido el desliz de entregar conocimientos a una raza que no los merecía, ¿por qué no repararon su error hacía tiempo, en lugar de prevenir a los mundos con habitantes humanos? No lo entendía. John meneó la cabeza, intentando una vez más alejar los dolores que le aturdían.

—Estás mintiendo, terrestre monstruoso —graznó el trull—. Que

sepas esas cosas no me impresiona. Los seres como tú, a que te refieres, son unos cobardes y algún día llegaremos hasta su redil y los exterminaremos. Venimos desde nuestro planeta buscando metales pesados de los que carecemos para aumentar nuestra flota de combate. Aquí hay mucho, en el subsuelo y entre las ciudades que tanto proliferan.

—¿Qué pretendéis? —preguntó John, que quería ganar tiempo y también enterarse de las intenciones de los trulls.

—Hierro para fabricar acero —chilló el jefe—. Mientras tu mundo gira dos veces alrededor de este Sol moribundo, nosotros desmantelaremos las ciudades, minas más ricas en este mineral que las subterráneas —y señaló a su alrededor, y John comprendió que se refería a tanto coche y a las estructuras de acero de los rascacielos, evidentemente más sencillos de aligerar de sus partes de hierro que bajar a las minas.

—Estás loco. No podríamos tolerar que al hacer eso matéis a miles, millones, de nuestros hermanos. Ellos despertarían y os aniquilarían. Sé que vosotros apenas sois unos pocos más de los que estoy viendo, aparte de los que se quedaron en la Luna.

—Escucha, terrestre fofo —estalló el trull apuntando a John con la vara—. Por algún hecho mágico, tú estás en nuestro plano del tiempo, evidentemente, pero no te creo cuando afirmas que tus demás hermanos pueden hacerlo cuando lo deseen. Además, ¿dónde está tu ejército?

—Cada terrestre es un soldado —sonrió John indicando a los barrenderos y tranquilos ciudadanos que descansaban en los prados cercanos—. Un feroz soldado, que mejor será no compruebes por ti mismo.

—Mi paciencia se acaba, terrestre. Si aún vives es porque me estoy divirtiendo contigo. Sois una raza absurda e ignorante, que apenas habéis ido más allá del satélite. Ya antes apresamos un cohete vacío y lo examinamos. Vuestra ciencia es deprimente.

—No necesitamos ir a las estrellas porque aquí somos felices —replicó John, rogando que el alienígena no fuera capaz de leer sus pensamientos—. Y el más bruto de mis hermanos es más inteligente que el más despierto de los tuyos.-Mira, terrestre, éstas serán mis últimas palabras. Hemos descendido aquí porque desde la Luna descubrimos que dos o tres terrestres seguían en nuestra dimensión

temporal. Ahora sólo te vemos a ti. ¿Qué han hecho los otros?

John soltó una risotada y respondió:

—Se cansaron de vosotros y volvieron a sus actividades normales.

—¿Se cansaron? —aulló el trull.

—Bueno, quise decir que se cansaron de reír de vuestro aspecto ridículo... y lamentable.

El jefe berreó y saltó, poniéndose más negro su rostro y algo rojas las puntas de sus orejas. Detrás de él, los demás trulls empezaron a acercarse, formando un semicírculo erizado de varas de metal.

—¡Te mataré si no eres capaz de demostrarme que dices la verdad, terrestre insolente! ¡Yo soy el amo absoluto de Trull, el poseedor de los conocimientos sublimes!

Entonces John se fijó en el dado de color esmeralda que pendía de una cadena alrededor del cuello del trull. Fue retrocediendo de espaldas y empezó a decir:

—Magnífico, payaso estúpido. Ven conmigo y te lo demostraré.

La masa de seres siguió a su jefe y éste a John, quien muy despacio fue retrocediendo, acercándose a los primeros humanos inmóviles.

—Vamos, demuéstrame que no mientes —bramó el trull—. Te fulminaré ahora mismo y haré con tu piel un par de botas que...

John no había sacado las manos de los bolsillos en todo el tiempo. Decidió que había llegado el momento. Ya estaban todos muy lejos de la nave alienígena. No era buen tirador, ni siquiera consiguió serlo en el ejército. Pero sus manos amartillaron los revólveres y los pulgares alzaron los percutores.

Los sacó al mismo tiempo y casi cerrando los ojos apretó los gatillos.

A los estampidos se sucedieron otros, tableteos de ametralladoras y gritos de aliento emitidos por los barrenderos, ciudadanos que fingían leer o dormir, una chica con las espaldas apoyadas en un árbol y un hombre oculto hasta entonces tras un arbusto.

En total, los veinte policías, Sharon y Rich.

En el Central Park empezó la batalla por la libertad de la Tierra.

CAPITULO X

PERO por aquel nombre nunca seria conocida la singular batalla.

Los trulls fueron sorprendidos, hasta el extremo que apenas unos pocos consiguieron disparar sus varas de metal.

John, tras disparar varias veces, estuvo a punto de recibir un rayo o algo parecido para luego esfumarse en medio de una nube que desintegraría su cuerpo. Aunque los terrestres eran veintitrés y gozaban del factor sorpresa, los trulls sumaban varias decenas y él presumía que disponían de terroríficas armas, como las que describía en sus novelas o veía en las películas de ciencia-ficción, que emitían un silbido, trazaban un destello azul o rojo y luego convertían al monstruo o humano en una bola ígnea. , Pero nada de eso fue. La maldita vara disparó una bola, pero blanca y suave, que al estrellarse en su cuerpo salió rebotada.

Los trulls pusieron pies en polvorosa, arrastraron sus muertos y John gritó que no se disparase más.

Los policías disfrazados de pacíficos ciudadanos y barrenderos, Sharon y Rich, se reunieron con él. Todos contemplaron cómo los burlescos seres saltaban dentro de la esclusa, pegándose por hacerlo. El último en hacerlo, pisoteado y dolorido, fue el jefe, quien lo consiguió porque una larga mano lo asió de una oreja y sin remilgos lo zambulló en la oscuridad.

—¿Cree que ahora nos bombardearán, señor Percy? —preguntó el sargento con gesto preocupado.

John sonrió. Le costó bastante convencerlo de la realidad, pese a la aplastante evidencia que les rodeaba. Pero resultó ser un buen tipo y luego, con su ayuda, los demás policías que fueron sacados de la inmovilidad por los cinturones fueron puestos al corriente con rapidez.

—No lo creo —replicó John. Se agachó y recogió una pelota, que hizo saltar entre sus manos—. Son como niños con armas de fuego. En realidad sus únicas armas son poder introducirse en mundos con un lapso temporal y saquearlos. Bueno, en realidad son asesinos, porque matan vidas mientras roban. Su jefe, el enano, debió recibir un selector como el mío y algo aprendió tras mucho tiempo, fiero fue incapaz de imaginarse armas contundentes. ¿Para qué? Ellos podían conseguir lo que quisieran sin disparar un solo tiro. Me pregunto cómo pensaba llevar a cabo sus amenazas de matarme por mentiroso.

Todos rieron y siguieron así incluso cuando la nave trull saltó del césped y se perdió entre las inmovilizadas nubes.

—Pronto se marcharán del Sistema Solar. Recogerán a sus gentes de la Luna y volverán con el rabo entre las piernas a Betelgeuse —aseguró John.

—Pues lo único que les faltaba era tener rabo —rió Rich.

—¿Qué haremos ahora nosotros, señor Percy? —preguntó el sargento señalando a sus hombres, todos con expresión de felicidad por haber puesto en fuga a los invasores.

De repente, John torció la cabeza y se llevó las manos a la nuca. Rich le sostuvo y Sharon le preguntó alarmada qué le sucedía.

—Ya pasó —dijo Percy intentando sonreír—. Sargento, ahora le voy a pedir, tal vez, lo más difícil. Usted y sus hombres volverán a vestir los uniformes y regresarán a sus motos, a sus puestos, los que tenían cuando les pusimos los cinturones. Una vez allí se los quitarán. Diez segundos después que los arrojen al suelo, dejarán de estar en la dimensión temporal. Será algo duro, pero de pronto escucharán el ruido de sus máquinas y seguirán conduciendo al monarca europeo y su esposa al hotel.

El rostro del sargento casi se descompuso.

—¿Nos llamará a declarar cuando usted informe al presidente?

John negó con la cabeza.

—No. El presidente se apresurará a tranquilizar al país, ordenar que vuelvan a la Luna los residentes y a ponerse su chaqué para recibir a los reales visitantes, que mañana estarán en Washington como si nada hubiera pasado.

—¿Es que no podemos contar lo que ha sucedido?

—Lo siento. Nadie de ustedes recibirá una medalla por lo que ha

hecho. Es lamentable, pero así será. ¿Acaso nos creerían?

—Tenemos los cinturones...

—Algo terrible, que debemos destruir cuanto antes. Usted, como policía, ¿no lo cree así?

Tras un instante de cavilación, el sargento se imaginó un mundo donde los asesinos y ladrones pudieran burlarse de policías como él. Asintió con firmeza.

—Tiene razón, señor Percy. Y tampoco me gustaría caminar por un mundo que parece un gigantesco museo de cera. Díganos lo que tenemos que hacer.-Todo está conforme —dijo Rich después de contar los cinturones.

John miró a los policías. El sargento estaba inmóvil de nuevo en su descomunal moto, pero ahora con una sonrisa en los labios en lugar del gesto desconfiado. Los demás agentes también sonreían.

Pasaron ante el coche y Sharon miró al rey, que mantenía su mano un poco alzada para corresponder a los saludos de los neoyorkinos, muchos de los cuales le aplaudían.

—Nunca sabrá lo cerca que ha estado del peligro —rió la muchacha.

El coche siguiente estaba ocupado por la esposa del rey, una mujer que asomaba la cabeza por la ventanilla y mostraba su perfil risueño y griego a un grupo de niños que portaban banderitas de los dos países.

Empezaron a cruzar la calle para volver al apartamento.

Cerca de la laguna Pond, John se derrumbó sin que Rich o Sharon pudieran impedirlo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó nerviosa la chica mientras Richard se inclinaba sobre su amigo.

—No lo sé. Está vivo, pero su corazón late muy de prisa —meneó la cabeza—. Me temo que es debido a tantas sesiones con el selector...

El paralizado Sol proyectó una sombra que se acercaba a ellos, la de las piernas de una mujer.

La pareja miró y vio a una chica desnuda que caminaba sobre la hierba. Sus cabellos eran lisos y muy largos, plateados. Aparte de las diminutas sandalias rojas, sólo llevaba en la cintura un cinturón casi igual al de ellos. Más lejos descubrieron más hombres y mujeres, altos y hermosos, también desnudos.

Por la belleza de la mujer, Rich no tuvo la menor duda que ante ellos estaba Sirinka. Se alegró de que John estuviera inconsciente.

Sirinka se arrodilló junto a John y pasó los dedos por la frente del terrestre, con suavidad y lentitud.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Rich, sin poder apartar la mirada de la increíble anatomía de Sirinka.

Ella agitó sus cabellos y sonrió:

—Se recuperará en seguida.

—¿Ha sido a causa de esto? —añadió Rich sacando el cubito verde.

Sirinka lo tomó.

—Sí.

—Debe llevárselo —señaló las bolsas llenas de cinturones—. Y eso también.

—Tal vez —la mujer de Orfhiol acentuó su sonrisa—. Estás pensando que serían nefastos semejantes conocimientos para este planeta. Sin embargo, vosotros tres, con la ayuda de varios más, habéis conjurado el peligro de los trulls, y hasta tal extremo, que éstos nunca más volverán a robar en otros mundos.

—¿Estás segura?

—Sí. Hace poco captamos una emisión trull y su jefe está fuera de sí, mientras regresan a Betelgeuse, porque ha perdido su símbolo de poder, el selector.

—¿Por qué no habéis llegado antes?

—No fue posible.

Otro orfhioliano se acercó y entregó a Sirinka un pequeño disco de fina lámina, que la mujer colocó sobre la frente de John. A los pocos segundos, el disco pareció ser absorbido por los poros.

—Se recuperará. Cuando despierte no recordará nada de los conocimientos que adquirió. Y será mejor así. —Sirinka notó la mirada un poco celosa de Sharon y añadió, como comprendiendo—: Nosotros tampoco volveremos… al menos por algún tiempo.

El hombre desnudo dijo:

—Se acaba el plazo, Sirinka; debemos regresar. Hemos hecho desaparecer los rastros.

—Sí, Regidor —asintió Sirinka con una expresión de pesar. Se levantó y miró la figura caída de John Percy—. El me hizo sentir como las mujeres antiguas de mi mundo. En un principio sentí

repulsión, pero luego fue distinto todo, como un reencuentro con las ancestrales pasiones... gratificantes. Richard Longer, tu amigo no podrá olvidarme, pero mi recuerdo le resultará fácil de superar. Debéis entregarnos vuestros cinturones. Ya sabéis que pocos segundos después de quitároslos estaréis integrados en el tiempo real. Id al habitáculo donde habéis estado trabajando, porque allí estará la compañera de John.

Sirinka se inclinó otra vez sobre John y le besó en los labios. Luego, como si tuviera prisa, se incorporó y dijo antes de reunirse con sus compañeros de viaje:

—Me temo sea más doloroso para mí olvidarle.

Rich tomó a Sharon por los hombros y la apretó contra su cuerpo. Necesitaba el calor de la chica, sentir cerca una vida en medio del insólito mundo. El hombre a quien Sirinka llamó Regidor les pidió los cinturones y, después de saludarlos con una inclinación de cabeza, les dio la espalda y echó a caminar.

El grupo de orfhiolianos desapareció cuando apenas estaban a un centenar de yardas. En aquel momento, John empezó a sentarse y lanzó un corto gemido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirándolo todo con ojos muy abiertos.

Sus amigos le ayudaron a levantarse y entre los dos le sostuvieron. Rich advirtió:

—Prepárate porque vamos a dar un salto entre las dimensiones.

Apenas terminó, fue como si una vibración les golpease. Estalló un profundo clamor, el aire se agitó llevando ruido de miles de motores de autos, el cielo rugió ante el paso de un reactor y las aves siguieron volando. Al fondo, un chico terminó de recoger la pelota de béisbol con su mano enguantada; se escuchó el pisar herrado de un caballo y las risas de un grupo de niñas terminaron por formar el ensordecedor entorno que súbitamente aprisionó a los tres amigos.

A sus espaldas se reanudaron los gritos de bienvenida a la regia pareja, visitantes europeos en Nueva York camino de Washington.

Un muchacho con chándal pasó corriendo a su lado, con expresión un tanto alarmada porque pensaba que aquellos dos hombres y una mujer no estaban allí hacía un segundo. Se alejó preocupado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Rich.

—Bastante bien —sonrió John—. Como en un sueño he visto a Sirinka inclinada sobre mí.

Rich tardó un instante en responder:

—Ella ha estado aquí. La acompañaban otros seres de su planeta.

—Debí haber supuesto que no soñaba —se palpó la cintura—. Me alegro que se los hayan llevado.

Entonces John aligeró el paso en dirección al edificio que había sido su hogar durante los últimos días. Rich y Sharon, agarrados de la mano, le siguieron.

En el vestíbulo aguardaron la llegada del ascensor. Cuando éste llegó y las puertas se abrieron, una mujer salió la primera y lanzó una exclamación al verlos. Se arrojó a los brazos de John y lo besó repetidas veces, casi en sollozos.

Varios de los visitantes del inmueble miraron de soslayo a la pareja y algunos sonrieron. Richard y Sharon consiguieron que el matrimonio se apartara un poco de las curiosas miradas.

—John, he pasado dos días terribles, buscándote por todas partes. La compañía telefónica me dio al fin esta dirección y creí morir cuando nadie respondía a mis llamadas —dijo Anne secándose una lágrima con el de i do meñique. [1]

—Cariño, yo... Lo siento tanto —dijo John, todo confuso. , —Iba a marcharme cuando me di cuenta que la puerta no estaba cerrada y entré. Casi me desmayé al verlo todo vacío y...

—¿Vacío el apartamento? —preguntó Rich.

—Excepto algunos muebles y varias cajas vacías, sí. Bueno, cerré el piso porque en un rincón encontré una caja llena de cables dorados. Sé distinguir el oro y el platino. Allí había un montón de libras. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Todo tiene una explicación, Anne. Ha sido un proyecto... fallido. Hicimos unos gastos, que espero podamos al final superar con la venta de ese oro —sonrió Rich.

Con toda seguridad, los seres de Orfhiol habían estado allí y se llevaron todas las máquinas, excepto los elementos construidos con metales nobles. Además habían dejado más oro del que había. Debieron comprender que en un planeta como la Tierra sería valioso y pensaron que sus aliados iban a tener problemas económicos de alguna manera.

—¿Entonces resultó ser una mentira lo que me dijiste acerca de ese proyecto de una serie espacial para la televisión? —preguntó Anne suspicazmente a John.

Rich lanzó unas toses discretas y dijo:

—No es cierto, Anne. Yo pedí a John que se quedase unos días en la ciudad porque quería pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Que fuera mi testigo de boda con esta preciosidad —y estampó un beso en las encarnadas mejillas de Sharon—. Y puesto que estás aquí podéis ser los dos. Supongo que no os importará posponer el regreso a Miami hasta mañana, ¿no?

John sintió ganas de reír. La salida de Rich había sido oportuna y justificaba muchas cosas. Sharon dejó de mantener la boca abierta, sonrió y devolvió el beso a su ya ex-jefe.

—Vamos a comer —dijo Rich—, Yo invito. Luego iremos a por la licencia.

Anne llevaba una bolsa de plástico de la que sacó una carpeta que entregó a John.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Cuando estuve en nuestro apartamento, cariño, me entretuve en ordenarte las páginas de tu novela. ¿Cómo es que aún no la entregaste al editor?

John abrió la carpeta y miró el original. Leyó en voz alta su título.

—Las doradas naves de Calistor —emitió una carcajada—. Sí, claro que la entregaré ahora mismo. Y ya tengo tema para la próxima.

—No lo dudo —admitió guturalmente Richard—. Espero que no la escribas en primera persona.

—No permitiré que mientras estés de vacaciones escribas una línea —le amenazó Anne. Se volvió para mirar a Rich con alarma—: Sería una temeridad dejar en el apartamento esos miles de dólares en oro, ¿no?

—¿Quién va a pensar que está allí una fortuna? La gente no tiene tanta imaginación. Vamos. Tenemos muchas cosas que hacer. Me ocuparé del oro más tarde, cuando vosotros dos estéis en el avión rumbo a Florida.

Y salieron a la calle. Allí, los tres pensaron en la tranquilidad y

silencio de un Nueva York paralizado. Como haciéndose eco del criterio general, John Percy exclamó, ante el asombro de Anne:

—Me gusta el bullicio de esta ciudad, su constante ruido.

En aquel momento, en el Central Park, algunas personas se preguntaban aún qué les había pasado. Ellos creían estar en otra parte y de pronto se encontraron en un lugar distinto. Afortunadamente ninguna tuvo que recurrir a un siquiatra, nadie lo comentó con el asombrado ciudadano que tenía al lado y pronto olvidaron aquel suceso inexplicable.

Sobre el prado chamuscado y vacío de gente, un niño de unos siete años empezó a correr. Vio la hierba removida, y cuando encontró el cartucho vacío empezó a buscar más. No halló otros porque los policías motoristas se los llevaron casi todos. En cambio localizó un pequeño dado de color verde. Tiró la vaina de la bala y jugó con lo encontrado.

Se alejó silbando.

Antes de llegar junto a su madre, desencantado porque de un lado del cubo surgió un filamento de brillante metal, lo tiró a un husillo. El chico pensó que su madre le reñiría si conservaba algo que podía dañarle si se pinchaba.

Y corrió hacia su progenitora con la intención de pedirle diez centavos para un helado.

FIN